

Voltaire

EL FILÓSOFO IGNORANTE

Prólogo de Fernando Savater

Traducción de Mauro Armiño

fórcola

EL FILÓSOFO IGNORANTE



Voltaire

EL FILÓSOFO IGNORANTE

Prólogo de
Fernando Savater

Traducción y notas de
Mauro Armiño

fórcola

Singladuras

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Maquetación y corrección: Susana Pulido

Título original: *Le Philosophe ignorant*

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M- 20011-2010
ISBN: 978-84-936321-4-4 [edición impresa]
ISBN: 978-84-15174-21-9 [edición digital (PDF)]
Imprime: Elece Industria Gráfica, S. L.
Encuadernación: Moen, S. L.
Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO
Voltaire, escéptico y militante

Fernando Savater

EMPECEMOS por constatar algo obvio y que sin embargo puede sonar paradójico: llamar a un filósofo «ignorante» es una redundancia. Desde sus orígenes, ser filósofo es asumir que uno no posee a «sofía», la sabiduría, sino que solamente aspira a ella con amor –«filía» no siempre correspondido. Ya de entrada se admite que no se es un «sofós», un sabio, sino sólo alguien que duda de los saberes establecidos y suspira por un saber verdadero, tan invulnerable a la duda como, ay, inalcanzable. El sabio sabe que sabe (o *cree* que sabe) mientras que el filósofo sólo sabe que no sabe... pero está seguro de que le gustaría saber.

No es cuestión de modestia, nada de eso, sino, al contrario, exceso de *ambición intelectual:* lo que el filósofo quisiera saber es algo tan vasto y esencial que desborda los conocimientos asequibles a nuestras limitadas capacidades de observación y experiencia. Por eso sus mayores triunfos se resuelven finalmente en fracasos, por eso ningún filósofo logra poner punto final a la filosofía... ni siquiera anular definitivamente a los filósofos que le han

precedido y que siguen presentes en su propia obra, dudosos y tenaces. Dedicarse de veras a la filosofía es renunciar a la resignación y a la paciencia, tan sabias. El filósofo es –y pido perdón por parafrasear a José María Pemán– un «divino impaciente».

La impaciencia de Voltaire iba por otro lado. A él no le desazonaba la ausencia de certezas definitivas y esenciales, sino la urgencia de acabar con los errores –de uno u otro tamaño– que obstaculizan el logro de una vida razonablemente dichosa y próspera para los humanos. Si alguien creyó firmemente (pese a su radical escepticismo) en el «primum vivere, deinde philosophari», ese fue Voltaire. Combinaba un agudo escepticismo respecto a la posibilidad de resolver de una vez por todas las grandes cuestiones con un optimismo militante sobre la mejora de los asuntos cotidianos: está a nuestro alcance lograr una vida más racional, más higiénica, mejor informada y menos cruel... si acabamos con prejuicios y supersticiones. Los filósofos deberían aplicarse a esta tarea y no a intentar resolver acertijos metafísicos que trascienden lo que un modesto mamífero como es el hombre puede abarcar.

Es precisamente el exceso de ambición y la presunción que la acompaña lo que ha hecho hasta hoy tan *ineficaces* a los filósofos. En un párrafo contundente de este libro, Voltaire traza un balance desolador: «Desde Tales hasta los profesores de nuestras universidades, y hasta los más quiméricos razonado-

res, y hasta sus plagiarios, ningún filósofo ha influido ni siquiera en las costumbres de la calle en que vivía. ¿Por qué? Porque los hombres se rigen por la costumbre y no por la metafísica. Un solo hombre elocuente, hábil y prestigioso podrá mucho sobre los hombres; cien filósofos no podrán nada si no son más que filósofos». No hace falta decir que Voltaire quiso siempre ser ese hombre elocuente e influyente y no uno más en la caterva estéril de los filósofos digamos «puros».

El filósofo ignorante aparece mencionado por primera vez en una carta de Mme. du Deffand a Walpole, fechada en 1767. Es lógico suponer que fue escrito el año anterior, es decir ya en la ancianidad del autor. Está compuesto de apuntes breves, a veces perentorios (estilo «no le des más vueltas») y a menudo irónicos, o mejor: sarcásticos. Ni siquiera Locke, al que admiró y veneró toda su vida, se salva de algunos zarpazos. Voltaire vuelve a defender su deísmo contra todo y contra todos (en especial contra actitudes como la de Spinoza, al cual sitúa perspicazmente del lado del ateísmo a pesar de hablar tanto de Dios). Para su mente práctica y ordenada, un Ser Superior que garantice el orden racional del Universo y la ley moral, pero sin mezclarse en querellas inquisitoriales ni absurdas supersticiones, es un servicio público intelectual de primera necesidad. Si por casualidad no existiera, deberíamos inventarlo y defenderlo nosotros –es

decir, los humanos que queremos vivir mejor– por razones de estricta utilidad...

En las últimas líneas, constata que el «monstruo» enemigo de la razón (al que no es difícil poner nombre y apellidos, aunque varíen a lo largo de la historia) sigue activo y por tanto quien defienda la verdad corre el riesgo permanente de ser perseguido por causa de ella. Sin embargo, a pesar de esa amenaza, no debemos permanecer «ociosos en las tinieblas». Es el mensaje final de alguien que permaneció activo y combativo hasta su último aliento.

NOTA DE TRADUCCIÓN

Sabemos que las partes esenciales de este pequeño ensayo fueron escritas por Voltaire verosímilmente a principios de 1766; publicado junto con otras piezas en ese año, probablemente en diciembre, cuando Voltaire ya ha cumplido setenta y dos años, en 1767 ya eran seis las reediciones de *Le philosophe ignorant*. Luego fue integrado, con el título de *Les Questions d'un homme qui ne sait rien (Las cuestiones de un hombre que no sabe nada),* en los *Nouveaux Mélanges* del autor.

Para la traducción sigo el texto de *Le philosophe ignorant* incluido en el tomo de *Mélanges* de Voltaire preparado por Jacques van den Heuvel (Gallimard, 1961). En 1987, en *The Complete Works of Voltaire* apareció su edición crítica al cuidado de Roland Mortier, especialista del siglo ilustrado (reedición de la Voltaire Foundation, Oxford, 2000). En ella se sigue la edición prínceps de 1766, sin atender algunas variantes –además de los tres últimos capítulos, LVII, LVIII y LIX, eliminados a partir de 1767– introducidos por Voltaire; la más significativa, la del término «duda» de los títulos capitulares, que el filósofo sustituyó por «cuestión».

M. A.

El filósofo ignorante

Primera cuestión

¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces? ¿Qué llegarás a ser? Es una cuestión que debe plantearse a todos los seres del universo, pero a la que ninguno nos responde. Pregunto a las plantas qué virtud las hace crecer, y cómo el mismo terreno produce frutos tan diversos. Estos seres insensibles y mudos, aunque enriquecidos con una facultad divina, me dejan en mi ignorancia y con mis vanas conjeturas.

Interrogo a esa multitud de animales diferentes que en su totalidad tienen movimiento y lo comunican, que gozan de las mismas sensaciones que yo, que tienen una medida de ideas y de memoria junto con todas las pasiones. Saben todavía menos que yo lo que son, por qué son, y qué llegan a ser.

Sospecho, tengo motivos incluso para creer, que los planetas que giran alrededor de los innumerables soles que llenan el espacio están habitados por seres sensibles y pensantes; pero una barrera eterna nos separa, y ninguno de estos habitantes de otros globos se ha comunicado con nosotros.

En *Le Spectacle de la nature*[1], el señor prior le dice al señor caballero que los astros estaban hechos para la Tierra, y la Tierra, así como los animales, para el hombre. Pero como el pequeño globo de la Tierra gira como los demás planetas alrededor del Sol; como los movimientos regulares y proporcionales de los astros pueden subsistir eternamente sin que existan hombres; como en nuestro pequeño planeta hay infinitamente más animales que semejantes míos, he pensado que el señor prior tenía cierto exceso de amor propio al presumir que todo había sido hecho para él; he visto que, a lo largo de su vida, el hombre es devorado por todos los animales si está indefenso, y que todos lo devoran también después de su muerte. Por eso me ha costado mucho trabajo concebir que el señor prior y el señor caballero fuesen los reyes de la naturaleza. Esclavo de todo lo que me rodea en lugar de ser rey, encerrado en un punto, y rodeado por la inmensidad, empiezo por buscarme a mí mismo.

II
Nuestra debilidad

Soy un animal débil; al nacer no tengo ni fuerza, ni conocimiento, ni instinto; ni siquiera puedo arrastrarme hasta la teta de mi madre, como hacen

todos los cuadrúpedos; sólo adquiero algunas ideas de la misma manera que adquiero un poco de fuerza, cuando mis órganos empiezan a desarrollarse. Esa fuerza aumenta en mí hasta la época en que, no pudiendo crecer más, disminuye día tras día. Ese poder de concebir ideas aumenta asimismo hasta su término, y luego se desvanece insensible y gradualmente.

¿Cuál es la mecánica que aumenta a cada instante las fuerzas de mis miembros hasta el límite prescrito? Lo ignoro; y quienes han pasado su vida buscando esa causa no saben más que yo.

¿Cuál es ese otro poder que hace entrar unas imágenes en mi cerebro, que las conserva en mi memoria? Quienes han hecho la experiencia lo han buscado inútilmente; todos estamos en la misma ignorancia de los primeros principios en que nos encontrábamos en nuestra cuna.

III
¿Cómo puedo pensar?

¿Me han enseñado algo los libros escritos desde hace dos mil años? A veces nos entran ganas de saber cómo pensamos, aunque rara vez nos entren deseos de saber cómo digerimos, cómo andamos. He interrogado a mi razón, le he preguntado lo que es: esa pregunta siempre la ha dejado confusa.

Por medio de ella he tratado de descubrir si las mismas causas que me hacen digerir, que me hacen andar, son las mismas por las que tengo ideas. Nunca he podido concebir cómo y por qué estas ideas huían cuando el hambre debilitaba mi cuerpo, y cómo renacían cuando había comido.

He visto una diferencia tan grande entre los pensamientos y la comida, sin la que no pensaría, que he creído que había en mí una sustancia que razonaba y otra sustancia que digería. Sin embargo, cuando he querido seguir demostrándome que somos dos, he sentido burdamente que soy uno solo; y esa contradicción siempre me ha causado un dolor extremado.

He preguntado a algunos de mis semejantes que cultivan la tierra, nuestra madre común, con mucho esfuerzo, si sentían que eran dos, si habían descubierto por medio de su filosofía que poseían en sí mismos una sustancia inmortal, y sin embargo formada de nada, que existe sin extensión, que actúa sobre sus nervios sin tocarlos, expresamente enviada al vientre de su madre seis semanas después de su concepción; han pensado que yo tenía ganas de burla y han seguido labrando sus campos sin responderme.

IV
¿Me es necesario saber?

Así pues, viendo que una enorme cantidad de hombres no tenía la menor idea de las dificultades que me preocupan y ni siquiera sospechaba lo que se dice en las escuelas del ser en general, de la materia, del espíritu, etcétera; viendo incluso que se bur- 21
laban con frecuencia de lo que yo quería saber, he sospechado que no era del todo necesario que lo supiéramos. He pensado que la naturaleza ha dado a cada ser la porción que le conviene; y he creído que las cosas que no podemos alcanzar no son de nuestra incumbencia. Mas, a pesar de esta desesperanza, no dejo de desear instruirme y mi curiosidad engañada sigue siendo insaciable.

V
Aristóteles, Descartes y Gassendi

Aristóteles empieza por decir que la incredulidad es la fuente de la sabiduría; Descartes ha diluido ese pensamiento, y los dos me han enseñado a no creer nada de lo que me dicen. El tal Descartes, sobre todo, después de haber fingido que dudaba, habla en un tono tan afirmativo de lo que no entiende, está tan seguro de lo que afirma cuando en física se equivoca groseramente, ha construido un mundo tan

imaginario, son de un ridículo tan prodigioso sus torbellinos y sus tres elementos, que debo desconfiar de todo lo que me dice sobre el alma después de haberme engañado tanto sobre los cuerpos. Que lo elogien, en buena hora, siempre que no se elogien sus camelos filosóficos, despreciados hoy día para siempre en toda Europa.

22 Cree o finge creer que nacemos con pensamientos metafísicos. Sería lo mismo que afirmar que Homero nació con la *Ilíada* en la cabeza. Bien es cierto que, al nacer, Homero tenía un cerebro hecho de tal modo que, tras adquirir luego ideas poéticas, unas veces hermosas, otras incoherentes, otras exageradas, terminó escribiendo la *Ilíada*. Al nacer traemos el germen de cuanto se desarrolla en nosotros; pero en realidad no tenemos más ideas innatas que pinceles y colores trajeron al nacer Rafael y Miguel Ángel.

Para tratar de conciliar las partes dispersas de sus quimeras, Descartes supuso que el hombre piensa siempre; sería lo mismo que imaginar que las aves no dejan nunca de volar, ni los perros de correr, porque éstos tienen la facultad de correr y aquéllas la de volar.

A poco que consultemos nuestra propia experiencia y la del género humano, quedamos perfectamente convencidos de lo contrario. No hay nadie lo bastante loco para creer firmemente que haya pensado toda su vida, día y noche sin interrupción,

desde que era feto hasta su última enfermedad. El recurso de quienes han querido defender ese camelo ha sido decir que se pensaba siempre, pero sin darse uno cuenta. Tanto valdría decir que uno bebe, que come y que corre a caballo sin saberlo. Si no os dais cuenta de que tenéis ideas, ¿cómo podéis afirmar que las tenéis? Gassendi[2] se burló como debía de ese extravagante sistema. ¿Sabéis lo que ocurrió?
Tomaron a Gassendi y a Descartes por ateos, porque razonaban.

VI
Los animales

De la suposición de que los hombres tenían continuamente ideas, percepciones, concepciones, se deducía naturalmente que los animales también las tenían; porque es indiscutible que un perro de caza tiene la idea de su amo, al que obedece, y de la caza que le trae. Es evidente que tiene memoria, y que combina algunas ideas. Así pues, si el pensamiento del hombre era también la esencia de su alma, el pensamiento del perro era también la esencia de la suya, y si el hombre tiene ideas siempre era preciso que los animales las tuvieran siempre. Para zanjar esa dificultad, el fabricante de los torbellinos[3] y de la materia estriada osó decir que los animales eran simples máquinas que buscaban de comer sin tener apetito, que poseían desde luego los

órganos del sentimiento para no experimentar nunca la menor sensación, que gritaban sin dolor, que expresaban su placer sin alegría, que contaban con un cerebro para no recibir en él la más ligera idea, y que de este modo eran una contradicción perpetua de la naturaleza.

Este sistema era tan ridículo como el otro; pero,
24 en lugar de demostrar su extravagancia, fue tratado de impío; se pretendió que este sistema repugnaba a la Sagrada Escritura, que dice, en el Génesis[4], que «Dios hizo un pacto con los animales, y que les reclamará la sangre de los hombres que hayan mordido y comido»; lo cual supone de modo manifiesto en los animales la inteligencia, el conocimiento del bien y del mal.

VII
La experiencia

No mezclemos nunca la Sagrada Escritura en nuestras disputas filosóficas: son cosas demasiado heterogéneas y que no tienen ninguna relación. Aquí sólo se trata de examinar lo que podemos saber por nosotros mismos, y esto se reduce a bien poca cosa. Hay que haber renunciado al sentido común para no admitir que en el mundo no sabemos nada más que por la experiencia; y, por supuesto, si sólo por la experiencia y por una sucesión de

tanteos y de largas reflexiones llegamos a conseguir algunas débiles y ligeras ideas del cuerpo, del espacio, del tiempo, del infinito, de Dios mismo, no merece la pena que el Autor de la naturaleza ponga estas ideas en el cerebro de todos los fetos a fin de que luego sólo haya un pequeñísimo número de hombres que las usen.

Respecto a los objetos de nuestra ciencia, todos somos como los amantes ignorantes Dafnis y Cloe cuyos amores y vanos intentos nos describió Longo[5]. Necesitaron mucho tiempo para adivinar cómo podían satisfacer sus deseos, porque carecían de experiencia. Lo mismo les ocurrió al emperador Leopoldo[6] y al hijo de Luis XIV[7]; hubo que instruirlos. Si hubieran tenido ideas innatas, es de suponer que la naturaleza no les hubiera negado la principal y única necesaria para la conservación de la especie humana.

VIII
Sustancia

Como sólo se puede tener alguna noción por experiencia, es imposible que podamos saber nunca lo que es la materia. Tocamos, vemos las propiedades de esa sustancia; pero esa misma palabra de *sustancia*, lo que está debajo, nos advierte suficientemente de que ese debajo siempre nos será desconocido: por más que descubramos de sus aparien-

cias, siempre quedará por descubrir ese debajo. Por la misma razón nunca sabremos por nosotros mismos lo que es espíritu: es una palabra que originariamente significa soplo, y de la que nos hemos servido para tratar de expresar vaga y burdamente aquello que nos da pensamientos. Pero de todos modos, si, por un prodigio que no es fácil suponer, tuviéramos alguna ligera idea de la sustancia de ese espíritu, no estaríamos más adelantados; nunca podríamos adivinar cómo recibe esa sustancia sentimientos y pensamientos. Sabemos bien que tenemos un poco de inteligencia, pero ¿cómo la tenemos? Ése es el secreto de la naturaleza, no se lo ha revelado a ningún mortal.

IX
Límites estrechos

Nuestra inteligencia es muy limitada, lo mismo que la fuerza de nuestro cuerpo. Hay hombres mucho más robustos que otros; también hay Hércules en materia de ideas, pero esa superioridad es en el fondo muy poca cosa. Uno levantará diez veces más materia que yo; otro podrá hacer frente, y sin papel, a una división de quince cifras, mientras que yo sólo podría dividir tres o cuatro con un trabajo enorme; a eso se reducirá esa fuerza tan alabada; pero muy pronto encontrará su límite; y, por

eso, en los juegos combinatorios ningún hombre, después de haberse formado en ellos con toda su aplicación y una larga práctica, nunca va más allá, por más que se esfuerce, del grado que ha conseguido alcanzar; ha topado con el límite de su inteligencia. Es, incluso, absolutamente necesario que así sea, porque de otro modo iríamos, gradualmente, hasta el infinito. 27

X
Descubrimientos imposibles

Así pues, en el estrecho círculo en que estamos encerrados veamos lo que estamos condenados a ignorar y lo que podemos conocer un poco. Ya hemos visto[8] que ninguna primera causa, ningún primer principio puede ser aprendido por nosotros.

¿Por qué obedece mi brazo a mi voluntad? Estamos tan acostumbrados a este incomprensible fenómeno que muy pocos le prestan atención; y cuando queremos buscar la causa de un efecto tan corriente, encontramos que entre nuestra voluntad y la obediencia de nuestro miembro está realmente el infinito, es decir, que no hay ninguna proporción entre la una y la otra, ninguna razón, ninguna apariencia de causa; y nos damos cuenta de que pensaríamos en ello una eternidad sin poder imaginar el menor destello de verosimilitud.

XI
Desesperación fundada

Así detenidos desde el primer paso, y replegándonos inútilmente sobre nosotros mismos, nos asustamos de estar buscándonos siempre y de no encontrarnos nunca. Ninguno de nuestros sentidos
28 es explicable.

Sabemos poco más o menos, con la ayuda de los triángulos, que hay aproximadamente treinta millones de nuestras grandes leguas geométricas[9] de la Tierra al Sol; pero ¿qué es el Sol? ¿Y por qué gira sobre su eje? ¿Y por qué en un sentido y no en otro? ¿Y por qué Saturno y nosotros giramos alrededor de ese astro de Occidente a Oriente y no de Oriente a Occidente? No sólo no responderemos nunca a esa pregunta, sino que nunca vislumbraremos la menor posibilidad de imaginar siquiera una causa física. ¿Por qué? Porque el nudo de esa dificultad está en el primer principio de las cosas.

Ocurre con lo que actúa dentro de nosotros como con lo que actúa en los espacios inmensos de la naturaleza. Hay, en la disposición de los astros y en la conformación de un ácaro y del hombre, un primer principio cuyo acceso debe necesariamente estarnos prohibido. Porque si pudiéramos conocer nuestra primera causa, seríamos dueños de ella, seríamos dioses. Aclaremos esa idea, y veamos si es verdadera.

Supongamos que encontrásemos, en efecto, la causa de nuestras sensaciones, de nuestros pensamientos, de nuestros movimientos, lo mismo que solamente hemos descubierto en los astros la razón de los eclipses y de las diferentes fases de la Luna y de Venus; es evidente que entonces predeciríamos nuestras sensaciones igual que predecimos las fases y los eclipses. Conociendo, pues, lo que debería ocurrir mañana en nuestro interior, veríamos claramente, gracias al juego de esa máquina, de qué manera agradable o funesta deberíamos resultar afectados. Poseemos una voluntad que dirige, tal como se admite, nuestros movimientos interiores en diversas circunstancias. Por ejemplo, si me siento dispuesto a la cólera, mi reflexión y mi voluntad reprimen sus accesos nacientes. Si yo conociese mis primeros principios, vería todos los afectos a los que estoy dispuesto para mañana, toda la sucesión de las ideas que me esperan; podría tener sobre esa sucesión de ideas y de sentimientos el mismo poder que a veces ejerzo sobre los sentimientos y sobre los pensamientos actuales que aparto y que reprimo. Me encontraría precisamente en el caso de todo hombre que puede retrasar y acelerar a su capricho el movimiento de un reloj, el de un barco, el de cualquier máquina conocida.

En ese supuesto, siendo dueño de las ideas que me están destinadas mañana, lo sería para el día siguiente, lo sería para el resto de mi vida; podría,

por tanto, ser siempre todopoderoso sobre mí mismo, sería el dios de mí mismo. Me doy perfecta cuenta de que ese estado es incompatible con mi naturaleza; es por lo tanto imposible que yo pueda conocer nada del primer principio que me hace pensar y actuar.

30

XII
Debilidad de los hombres

Lo que es imposible para mi naturaleza tan débil, tan limitada, y que tiene una duración tan corta, ¿es imposible en otros globos, en otras especies de seres? ¿Hay inteligencias superiores, dueñas de todas sus ideas, que piensan y sienten todo lo que quieren? No lo sé; sólo conozco mi debilidad, no tengo ninguna noción de la fuerza de los demás.

XIII
¿Soy libre?

No salgamos aún del círculo de nuestra existencia; sigamos examinándonos a nosotros mismos tanto cuanto podamos. Recuerdo que cierto día, antes de que hubiera hecho todas las preguntas precedentes, un razonador quiso hacerme razonar. Me preguntó si yo era libre; le respondí que no estaba

en prisión, que tenía la llave de mi cuarto, que era perfectamente libre. «No es eso lo que os pregunto», me respondió; «¿creéis que vuestra voluntad tiene la libertad de querer o no querer tiraros por la ventana? ¿Pensáis, con el ángel de la Escuela[10], que el libre albedrío es una potencia apetitiva, y que el libre albedrío se pierde por el pecado?». Miré a mi hombre fijamente para tratar de leer en sus ojos si no tenía extraviada la razón, y le respondí que no comprendía nada de su galimatías.

Sin embargo, esa pregunta sobre la libertad del hombre me interesó vivamente; leí a los escolásticos, me quedé como ellos en tinieblas; leí a Locke, y vislumbré rasgos de luz; leí el *Tratado* de Collins[11], que me pareció Locke perfeccionado; y después no he leído nada que me haya proporcionado un nuevo grado de conocimiento. He aquí lo que mi débil razón ha concebido, ayudada por esos dos grandes hombres, los únicos, en mi opinión, que se han entendido a sí mismos al escribir sobre esa materia, y los únicos que se han hecho entender por los demás.

No hay nada sin causa. Un efecto sin causa no es más que una expresión absurda. Todas las veces que quiero, sólo puede ser en virtud de mi juicio, bueno o malo; este juicio es necesario, por lo tanto mi voluntad también lo es. En efecto, sería muy singular que toda la naturaleza, todos los astros obedezcan a unas leyes eternas, y que haya un pequeño

animal de cinco pies de alto que, con desprecio de esas leyes, pueda actuar siempre como le plazca a gusto sólo de su capricho. Actuaría al azar, y es sabido que el azar no es nada. Hemos inventado esta palabra para expresar el efecto conocido de toda causa desconocida.

Mis ideas entran necesariamente en mi cerebro; ¿cómo mi voluntad, que depende de él, sería al mismo tiempo necesitada y absolutamente libre? Siento en mil ocasiones que esa voluntad no puede nada; por ejemplo, cuando la enfermedad me postra, cuando la pasión me arrebata, cuando mi juicio no puede alcanzar los objetos que se me presentan, etcétera, debo pensar que, como las leyes de la naturaleza son siempre las mismas, mi voluntad no es más libre en las cosas que me parecen más indiferentes que en aquellas otras en que me siento sometido a una fuerza invencible.

Ser verdaderamente libre es poder. Cuando puedo hacer lo que quiero, ahí está mi libertad; pero yo quiero necesariamente lo que quiero; de otro modo querría sin razón, sin causa, lo cual es imposible. Mi libertad consiste en andar cuando quiero andar y no padezco de gota.

Mi libertad consiste en no cometer una mala acción cuando mi mente la concibe necesariamente mala; en subyugar una pasión cuando mi mente me hace sentir su peligro y cuando el horror de esa acción lucha poderosamente contra mi deseo.

Podemos reprimir nuestras pasiones, como ya he anunciado en la Cuestión XI, pero entonces no somos más libres reprimiendo nuestros deseos que dejándonos arrastrar por nuestras inclinaciones; porque, en uno y otro caso, seguimos irresistiblemente nuestra última idea, y esa última idea es necesaria; por lo tanto, hago necesariamente lo que ella me dicta. Es extraño que los hombres no estén
contentos con esa medida de libertad, es decir, del poder que han recibido de la naturaleza de hacer en diversos casos lo que quieren; los astros no lo tienen: nosotros lo poseemos y algunas veces nuestro orgullo nos hace creer que poseemos todavía más. Nos figuramos que tenemos el don incomprensible y absurdo de querer, sin más razón, sin más motivo que el de querer (véase la Cuestión XXIX).

No, no puedo perdonar al doctor Clarke[12] que haya combatido con mala fe estas verdades cuya fuerza comprendía, y que parecían ajustarse mal a sus sistemas. No, a un filósofo como él no le está permitido haber atacado a Collins por sofista, y haber desviado el estado de la cuestión reprochando a Collins llamar al hombre *un agente necesario.* Agente o paciente, ¿qué importa? Agente cuando se mueve voluntariamente, paciente cuando recibe ideas. ¿Qué hace el nombre a la cosa? El hombre es en todo un ser dependiente, igual que la naturaleza entera es dependiente, y él no puede ser exceptuado de los demás seres.

En Samuel Clarke, el predicador ha ahogado al filósofo; distingue la necesidad física y la necesidad moral. ¿Y qué es una necesidad moral? ¿Os parece verosímil que una reina de Inglaterra a la que coronan y consagran en una iglesia se despoje de sus regias vestiduras para tenderse desnuda sobre el altar, aunque se cuenta una aventura así de una reina del Congo? Llamáis a eso *una necesidad moral* en una reina de nuestros climas; pero en el fondo es una necesidad física, eterna, ligada a la constitución de las cosas. Y tan seguro es que esa reina no cometerá semejante locura como que morirá un día. La necesidad moral no es más que una palabra, todo lo que se hace es absolutamente necesario. No hay punto medio entre la necesidad y el azar; y sabéis que no hay azar: por lo tanto, todo lo que ocurre es necesario.

Para complicar más la cosa se ha imaginado distinguir también entre necesidad y coacción; pero, en el fondo, ¿es otra cosa la coacción que una necesidad de la que nos damos cuenta? Y ¿no es la necesidad una coacción de la que no nos damos cuenta? Arquímedes se ve tan obligado a permanecer en su cuarto cuando lo encierran en él como cuando está tan intensamente ocupado en un problema que no recibe la idea de salir.

Ducunt volentem fata, nolentem trahunt[13]

El ignorante que piensa así no siempre ha pensado igual, pero en última instancia está obligado a rendirse.

XIV
¿Es todo eterno?

Sometido a unas leyes eternas como todos los globos que llenan el espacio, como los elementos, los animales, las plantas, lanzo miradas sorprendidas sobre todo lo que me rodea; busco quién es mi autor, el de esa inmensa máquina de la que apenas soy una imperceptible rueda.

No he venido de nada, porque la sustancia de mi padre, y de mi madre que me llevó nueve meses en su matriz, es algo. Me resulta evidente que el germen que me produjo no pudo ser producido por nada; porque ¿cómo la nada produciría la existencia? Me siento subyugado por esa máxima de toda la Antigüedad: «Nada viene de la nada, a la nada nada puede volver[14]». Este axioma encierra en sí una fuerza tan terrible que encadena todo mi entendimiento sin que pueda debatirme en su contra. Ningún filósofo se ha apartado de él; ningún legislador, cualquiera que sea, lo ha impugnado. El *Cahut* de los fenicios, el *Caos* de los griegos[15], el *Tohu-bohu*[16] de los caldeos y de los hebreos, todo nos confirma que siempre se ha creído en la eterni-

dad de la materia. Engañada por esa idea tan antigua y tan general, mi razón me dice: es preciso que la materia sea eterna, puesto que existe; si existía ayer, existía antes. No percibo ninguna verosimilitud de que haya empezado a ser, ninguna causa por la que no haya sido, ninguna causa por la que haya recibido la existencia en un tiempo más que en
36 otro. Cedo, pues, a esa convicción, esté fundada o sea errónea, y me sumo al partido del mundo entero hasta que, habiendo avanzado en mis investigaciones, encuentro una luz superior[17] al juicio de todos los hombres, que me obliga a retractarme a pesar mío.

Pero si, como tantos filósofos de la Antigüedad pensaron, el Ser eterno siempre ha actuado, ¿qué llegarán a ser el *Cahut* y el *Ereb*[18] de los fenicios, el *Tohu-bohu* de los caldeos, el *Caos* de Hesíodo? Se quedará en las fábulas. El *Caos* es imposible a ojos de la razón, pues imposible es que, siendo eterna la inteligencia, nunca haya habido alguna cosa opuesta a las leyes de la inteligencia: ahora bien, el *Caos* es precisamente lo opuesto a todas las leyes de la naturaleza. Entrad en la caverna más horrible de los Alpes, bajo esos restos de rocas, de hielo, de arena, de aguas, de cristales, de minerales informes: todo obedece a la gravitación y a las leyes de la hidrostática. El *Caos* nunca ha existido más que en nuestras cabezas, y sólo ha servido para que Hesíodo y Ovidio compongan hermosos versos[19].

Si nuestra Sagrada Escritura ha dicho que el *Caos* existía[20], si el *Tohu-bohu* ha sido adoptado por ella, le damos crédito, desde luego, y con la fe más viva. Aquí sólo hablamos siguiendo las luces engañosas de nuestra razón. Estamos limitados, como hemos dicho[21], a ver lo que podemos sospechar por nosotros mismos. Somos niños que tratamos de dar algunos pasos sin andaderas: andamos, caemos, y la fe nos levanta.

XV
Inteligencia

Pero al percibir el orden, el prodigioso artificio, las leyes mecánicas y geométricas que reinan en el universo, los medios, los innumerables fines de todas las cosas, me siento sobrecogido de admiración y de respeto. Enseguida juzgo que si las obras de los hombres, las mías mismas, me fuerzan a reconocer en nosotros una inteligencia, debo reconocer un bien superiormente actuante en la multitud de tantas obras. Admito esa inteligencia suprema sin temor a que nunca se me pueda hacer cambiar de opinión. Nada quebranta en mí este axioma: «Toda obra demuestra un obrero».

XVI
Eternidad

¿Es eterna esa inteligencia? Sin duda, pues, aunque yo haya admitido o rechazado la eternidad de la materia, no puedo rechazar la existencia eterna de su supremo artífice; y es evidente que, si existe hoy,
38 ha existido siempre.

XVII
Incomprensibilidad

Aún no he dado más que dos o tres pasos en esta larguísima carrera; quiero saber si esa inteligencia divina es algo absolutamente distinto del universo, poco más o menos como se distingue al escultor de la estatua, o si esa alma del mundo está unida al mundo, y lo penetra; poco más o menos como lo que yo llamo *mi alma* está unida a mí, y según esta idea de la Antigüedad tan bien expresada en Virgilio:

> *Mens agitat molem, et magno se corpore*
> *miscet*[22]. (*Eneida*, VI, v. 727)

Y en Lucano:

> *Jupiter est quodcumque vides, quocumque*
> *moveris*[23]. (IX, v. 580)

De pronto me veo detenido en mi vana curiosidad. Miserable mortal, si no puedo sondar mi propia inteligencia, si no puedo saber lo que me anima, ¿cómo conoceré la inteligencia inefable que visiblemente preside la materia entera? Hay una, todo me lo demuestra, pero ¿dónde está la brújula que me conducirá hacia su eterna e ignota morada?

XVIII
Infinito

Esa inteligencia, ¿es infinita en potencia y en inmensidad como es indiscutiblemente infinita en duración? Sobre eso no puedo saber nada por mí mismo. Existe, por lo tanto ha existido siempre, eso está claro. Pero ¿qué idea puedo tener de una potencia infinita? ¿Cómo puedo concebir un infinito actualmente existente? ¿Cómo puedo imaginar que la inteligencia suprema está en el vacío? No ocurre lo mismo con el infinito en extensión que con el infinito en duración. Hasta el momento en que hablo ha transcurrido una duración infinita, eso es seguro; no puedo añadir nada a esa duración pasada, pero siempre puedo añadir al espacio que concibo, como puedo añadir a los números que concibo. El infinito en número y en extensión está fuera de la esfera de mi entendimiento. Por más que me digan, nada me ilumina en este abismo. Siento por suerte

que ni mis dificultades ni mi ignorancia pueden perjudicar a la moral; aunque no podamos concebir ni la inmensidad del espacio llena, ni la potencia infinita que lo ha hecho todo y que sin embargo aún puede seguir haciendo, esto sólo servirá para probar cada vez más la debilidad de nuestro entendimiento, y esa debilidad no nos hará sino más sumisos al
40 Ser eterno del que somos obra.

XIX
Mi dependencia

Somos su obra. He ahí una verdad interesante para nosotros: porque saber por la filosofía en qué tiempo hizo al hombre, qué hacía antes, si está en la materia, si está en el vacío, si está en un punto, si obra siempre o no, si obra en todas partes, si obra fuera de él o en él: todo esto son búsquedas que multiplican en mí el sentimiento de mi ignorancia profunda.

Veo incluso que apenas ha habido en Europa una docena de hombres que hayan escrito sobre estas cosas abstractas con un poco de método; y aunque suponga que han hablado de una manera inteligible, ¿qué resultará de ello? Ya hemos admitido (Cuestión IV) que las cosas que tan pocas personas pueden presumir de entender son inútiles para el resto del género humano. Somos desde luego la

obra de Dios, eso sí que me es útil saberlo: por eso su prueba es palpable. Todo es medio y fin en mi cuerpo; todo es resorte, polea, fuerza motriz, máquina hidráulica, equilibrio de líquidos, laboratorio de química. Por lo tanto está ordenado por una inteligencia (Cuestión XV). No es a la inteligencia de mis padres a la que debo ese orden, porque con toda seguridad no sabían lo que hacían cuando me trajeron al mundo; no eran más que los ciegos instrumentos de ese eterno fabricante que anima a la lombriz y hace girar al Sol sobre su eje.

XX
La eternidad de nuevo

Nacido de un germen venido de otro germen, ¿ha habido una sucesión continua, un desarrollo sin fin de estos gérmenes, y toda la naturaleza ha existido siempre mediante una sucesión necesaria de ese Ser supremo que existía por sí mismo? Si sólo creyese a mi débil entendimiento diría: Me parece que la naturaleza siempre ha estado animada. No puedo concebir que la causa que actúa continua y visiblemente sobre ella, pudiendo actuar en todo tiempo, no haya actuado siempre. Una eternidad de ociosidad en el ser actuante y necesario me parece incompatible. Me inclino a creer que el mundo ha emanado siempre de esa causa primitiva y necesa-

ria, como la luz emana del Sol. ¿Por qué encadenamiento de ideas siempre me veo arrastrado a creer eternas las obras del Ser eterno? Aunque mi concepción sea muy pusilánime, tiene fuerza para alcanzar al ser necesario que existe por sí mismo, y no tiene fuerza para concebir la nada. La existencia de un solo átomo me parece que prueba la eternidad de la existencia; pero nada me prueba la nada. ¿Cómo? ¿Habría habido *nada* en el espacio donde hoy hay algo? Esto me parece incomprensible. No puedo admitir esa *nada*, a menos que la revelación venga a fijar mis ideas, que se lanzan más allá de los tiempos.

Sé perfectamente que una sucesión infinita de seres que no tuvieran origen ninguno es también absurda: Samuel Clarke lo demuestra de sobra; pero éste no sólo se propone afirmar que Dios no ha mantenido esa cadena desde toda la eternidad; no se atreve a decir que al Ser eternamente activo le haya sido tanto tiempo imposible desplegar su acción. Es evidente que ha podido hacerlo; y si ha podido, ¿quién será lo bastante audaz para decirme que no lo ha hecho? Lo repito, sólo la revelación puede enseñarme lo contrario; pero aún no hemos llegado a esa revelación que aplasta toda filosofía, a esa luz ante la que toda luz se desvanece[24].

XXI
Mi dependencia de nuevo

Ese Ser eterno, esa causa universal me da ideas; porque no son los objetos los que me las dan. Una materia bruta no puede enviar pensamientos a mi cabeza; mis pensamientos no proceden de mí, pues llegan a pesar mío y a menudo se van de la misma manera. Se sabe perfectamente que no hay ningún parecido, ninguna relación entre los objetos y nuestras ideas y nuestras sensaciones. Cierto: había algo sublime en ese Malebranche[25], que osadamente pretendía que vemos todo en Dios mismo; pero ¿no había nada de sublime en los estoicos, que pensaban que es Dios quien obra en nosotros, y que nosotros poseemos un destello de su sustancia? Entre el sueño de Malebranche y el sueño de los estoicos, ¿dónde está la realidad? Vuelvo a caer (Cuestión II) en la ignorancia, que es el atributo de mi naturaleza; y adoro al Dios por quien pienso, sin saber cómo pienso.

XXII
Nueva cuestión

Convencido por mi poco de razón de que existe un ser necesario, eterno, inteligente, de quien recibo mis ideas sin poder adivinar ni cómo ni por qué,

pregunto qué es ese ser, si tiene la forma de las especies inteligentes y actuantes superiores a la mía en otros globos. Ya he dicho que no sabía nada sobre eso (Cuestión I). Sin embargo no puedo afirmar que eso sea imposible, porque percibo planetas muy superiores al mío en extensión, rodeados por más satélites que la Tierra. No es absolutamente inverosímil que estén poblados por inteligencias muy superiores a mí, y por cuerpos más robustos, más ágiles y más duraderos. Pero como su existencia no tiene ninguna relación con la mía, dejo a los poetas de la Antigüedad la tarea de hacer descender a Venus de su pretendido tercer cielo, y a Marte del quinto[26]; yo sólo debo buscar la acción del ser necesario sobre mí mismo.

XXIII
Un solo artífice supremo

Una gran parte de los hombres, al ver el mal físico y el mal moral diseminados por este globo, imaginó dos seres poderosos, uno de los cuales producía todo el bien y el otro todo el mal. Si existían, serían necesarios; serían eternos, independientes, ocuparían todo el espacio; existirían por tanto en el mismo lugar; se penetrarían por tanto el uno al otro: esto es absurdo. La idea de estas dos potencias enemigas sólo puede derivar de los ejemplos que

nos sorprenden en la tierra: vemos en ella hombres dulces y hombres feroces, animales útiles y animales nocivos, buenos amos y tiranos. De este modo imaginaron poderes contrarios que presidían la naturaleza; no es más que un cuento asiático[27]. En toda la naturaleza hay una unidad de propósito manifiesta; las leyes del movimiento y de la gravedad son invariables; es imposible que dos artífices supremos, totalmente contrarios uno a otro, hayan seguido las mismas leyes. Esto basta, en mi opinión, para echar abajo el sistema maniqueo, y no se necesitan gruesos volúmenes para combatirlo.

Hay por tanto una potencia única, eterna, a la que todo está ligado, de la que todo depende, pero cuya naturaleza es incomprensible para mí. Santo Tomás nos dice que «Dios es un puro acto, una forma, que no tiene género ni predicado, que es la naturaleza y el agente, que existe esencial, participativa y nuncupativamente»[28]. Cuando los dominicos fueron los amos de la Inquisición, habrían mandado quemar a un hombre que hubiera negado estas bellas cosas; yo no las habría negado, pero no las habría entendido.

Se me dice que Dios es simple; confieso humildemente que tampoco entiendo el valor de esta palabra. Es cierto que no le atribuiría partes groseras que yo pudiera separar; pero no puedo concebir que el principio y el amo de todo lo que hay en la extensión no esté en la extensión. Hablando en

rigor, la simplicidad me parece demasiado semejante al no ser. La extrema debilidad de mi inteligencia no tiene instrumento lo bastante sutil para captar esa simplicidad. El punto matemático es simple, me dirán; pero el punto matemático no existe en realidad.

También se dice que una idea es simple, pero tampoco lo entiendo. Veo un caballo, tengo su idea, pero en él no he visto más que un conjunto de cosas. Veo un color, tengo la idea de color; pero ese color es extensión. Pronuncio los nombres abstractos de *color en general*, de *vicio*, de *virtud*, de *verdad en general;* pero es que he tenido conocimiento de cosas coloreadas, de cosas que me han parecido virtuosas o viciosas, verdaderas o falsas: expreso todo esto mediante una palabra, pero no tengo conocimiento claro de la simplicidad; ignoro lo que es igual que ignoro lo que es un infinito en números efectivamente existente.

Ya convencido de que, al no conocer lo que soy, no puedo conocer lo que es mi autor, mi ignorancia me abruma a cada instante, y me consuelo pensando continuamente en que no importa que yo sepa si mi amo está o no está en la extensión, con tal de que yo no haga nada contra la conciencia que él me ha dado. De todos los sistemas que los hombres han inventado sobre la Divinidad, ¿cuál será el que abrace? Ninguno, sólo el de adorarla.

XXIV
Spinoza

Después de haberme sumido con Tales en el agua de la que hacía su principio primero[29], después de haberme chamuscado junto al fuego de Empédocles[30], después de haber corrido en el vacío en línea recta con los átomos de Epicuro[31], de haber calculado los números con Pitágoras[32], y de haber oído su música; después de haber presentado mis respetos a los andróginos de Platón[33], y tras haber pasado por todas las regiones de la metafísica y de la locura, al fin he querido conocer el sistema de Spinoza[34].

No es absolutamente nuevo; está imitado de algunos antiguos filósofos griegos, e incluso de algunos judíos; pero Spinoza ha hecho lo que ningún filósofo griego, y menos todavía ningún judío, hizo: ha empleado un método geométrico imponente para darse cuenta clara de sus ideas. Veamos si no se ha extraviado metódicamente con el hilo que lo guía.

Establece ante todo una verdad indiscutible y luminosa: Hay algo, por lo tanto existe eternamente un ser necesario. Este principio es tan verdadero que el profundo Samuel Clarke se sirvió de él para probar la existencia de Dios.

Ese ser debe hallarse en todas partes donde está la existencia, pues ¿quién lo limitaría?

Ese ser necesario es por tanto todo lo que existe: así pues, realmente no hay más que una sola sustancia en el universo.

Esa sustancia no puede crear otra: porque, como ella lo llena todo, ¿dónde meter una sustancia nueva, y cómo crear alguna cosa de la nada? ¿Cómo crear la extensión sin colocarlo en la extensión misma, que necesariamente existe?

En el mundo existen el pensamiento y la materia; la sustancia necesaria que llamamos Dios es por tanto el pensamiento y la materia. Todo pensamiento y toda materia están comprendidas por consiguiente en la inmensidad de Dios: no puede existir nada fuera de él; no puede actuar más que en él; él lo abarca todo, él es todo.

Así, cuanto llamamos *sustancias diferentes* no es de hecho más que la universalidad de los diferentes atributos del Ser supremo, que piensa en el cerebro de los hombres, alumbra en la luz, se mueve sobre los vientos, estalla en el trueno, recorre el espacio en todos los astros y vive en toda la naturaleza.

No está confinado, como un vil rey de la tierra, en su palacio, separado de sus súbditos; está íntimamente unido a ellos, que son partes necesarias de sí mismo; si se hubiera distinguido de ellos, ya no sería el ser necesario, ya no sería universal, no llenaría todos los lugares, sería un ser aparte como otro cualquiera.

Aunque todas las modalidades cambiantes en el universo sean efecto de sus atributos, sin embargo, según Spinoza, no hay partes: porque, dice, el infinito no las tiene en absoluto propiamente dichas; si las tuviera, podrían añadírsele otras, y entonces ya no sería infinito. Por último Spinoza proclama que hay que amar a ese Dios necesario, infinito, eterno; y éstas son sus propias palabras, p. 45 de la edición 49
de 1731[35]:

«Respecto al amor de Dios, lejos de que esa idea lo pueda debilitar, considero que ninguna otra es más idónea para incrementarlo, puesto que me hace conocer que Dios es íntimo con mi ser, que me da la existencia y todas mis propiedades, pero que me las da liberalmente, sin reproche, sin interés, sin someterme a otra cosa que a mi propia naturaleza. Destierra el temor, la inquietud, la desconfianza, y todos los defectos de un amor vulgar o interesado. Me hace sentir que es un bien que no puedo perder, y que poseo tanto más cuanto que lo reconozco y lo amo».

Estas ideas sedujeron a muchos lectores; hubo incluso quienes, tras escribir al principio contra él, se adhirieron a su opinión.

Se reprochó al sabio Bayle[36] haber atacado duramente a Spinoza sin comprenderlo; duramente, lo admito; injustamente, no lo creo. Sería extraño que Bayle no lo hubiese comprendido. Descubrió fácilmente el punto flaco de este castillo encantado; vio

en efecto que Spinoza compone su Dios de partes, aunque se vea forzado a desdecirse, asustado de su propio sistema. Bayle vio cuán insensato es hacer a Dios astro y calabaza, pensamiento y estiércol, batiente y batido. Vio que esa fábula está muy por debajo de la de Proteo[37]. Tal vez Bayle debía atenerse a la palabra *modalidades* y no a la palabra *partes*,
50 dado que es el término *modalidades* el que Spinoza emplea siempre. Pero, si no me equivoco, es igualmente ridículo que el excremento de un animal sea una modalidad o una parte del Ser supremo.

Cierto que no combatió las razones por las que Spinoza sostiene la imposibilidad de la creación; pero es que la creación propiamente dicha es un objeto de fe y no de filosofía; es que esa opinión no es ni mucho menos particular a Spinoza; es que toda la Antigüedad había pensado como él. Sólo ataca la idea absurda de un Dios simple compuesto de partes, de un Dios que se come y que se digiere a sí mismo, que ama y que odia la misma cosa al mismo tiempo, etcétera Spinoza se sirve siempre de la palabra Dios. Bayle lo pilla en sus propias palabras.

Pero, en el fondo, Spinoza no reconoce ningún Dios; probablemente no ha empleado esa expresión, no ha dicho que sólo hay que servir y amar a Dios para no asustar al género humano. Parece ateo en toda la fuerza de este término; no lo es desde luego como Epicuro, que admitía unos dioses inúti-

les y ociosos; no lo es como la mayoría de los griegos y de los romanos, que se burlaban de los dioses del vulgo; lo es porque no reconoce ninguna Providencia, porque sólo admite la eternidad, la inmensidad y la necesidad de las cosas; lo es como Estratón[38], como Diágoras[39]; no duda como Pirrón[40]: afirma, y ¿qué afirma? Que no hay más que una sola sustancia, que no puede haber dos, que esa sustancia es extensa y pensante; y eso es lo que nunca dijeron los filósofos griegos y asiáticos que admitieron un alma universal.

En ninguna parte de su libro habla de los propósitos marcados que se manifiestan en todos los seres. No examina si los ojos están hechos para ver, las orejas para oír, los pies para andar, las alas para volar; no considera ni las leyes del movimiento en los animales y las plantas, ni su estructura adaptada a estas leyes, ni la profunda matemática que gobierna el curso de los astros: teme vislumbrar que todo lo que existe atestigua una Providencia divina[41]; no se remonta de los efectos a su causa; sino que, situándose de golpe en la cabeza del origen de las cosas, construye su cuento, como Descartes construyó el suyo, sobre una suposición. Suponía lo lleno con Descartes aunque esté demostrado, en rigor, que todo movimiento es imposible en lo lleno. Eso es sobre todo lo que le hizo mirar el universo como una sola sustancia. Fue víctima de su espíritu geométrico. Al no poder dudar de que la inteligen-

cia y la materia existen, ¿cómo no examinó Spinoza por lo menos si la Providencia ha ordenado todo? ¿Cómo no echó una ojeada sobre estos resortes, sobre estos medios, cada uno de los cuales tiene su objeto, cómo no buscó si prueban un artífice supremo? Tenía que ser, o un físico muy ignorante, o un sofista henchido de un orgullo muy estúpido para no reconocer una Providencia cada vez que respiraba y sentía latir su corazón: pues esa respiración y ese movimiento del corazón son efectos de una máquina tan industriosamente complicada, dispuesta con una habilidad tan potente, dependiente de tantos resortes que en su totalidad concurren al mismo fin, que es imposible imitarla, e imposible que un hombre sensato no la admire.

Los spinozistas modernos responden: No os asustéis de las consecuencias que nos imputáis; como vosotros, encontramos una serie de efectos admirables en los cuerpos organizados y en toda la naturaleza. La causa eterna está en la inteligencia eterna que admitimos y que, junto con la materia, constituye la universalidad de las cosas que es Dios. No hay más que una sola sustancia que actúa por la misma modalidad de su pensamiento sobre la modalidad de la materia, y que de esta forma constituye el universo, que no forma más que un todo inseparable.

Se replica a esta respuesta: ¿Cómo podéis probarnos que el pensamiento que hace mover los

astros, que anima al hombre, que hace todo, sea una modalidad, y que las deyecciones de un sapo y de un gusano sean otra modalidad de ese mismo Ser soberano? ¿Osaríais decir que un principio tan extraño está demostrado para vosotros? ¿No cubrís vuestra ignorancia con palabras que no entendéis? Bayle ha desenredado muy bien los sofismas de vuestro maestro en los recovecos y en las oscuridades del estilo pretendidamente geométrico, y en realidad muy confuso, de este maestro. Os remito a él; unos filósofos no deben recusar a Bayle.

Sea como fuere, observaré sobre Spinoza que se equivocaba de muy buena fe. Me parece que sólo apartaba de su sistema las ideas que podían perjudicarle porque estaba demasiado imbuido de las suyas; seguía su camino sin mirar nada de lo que podía atravesarlo, y eso es lo que nos ocurre con demasiada frecuencia. Hay más, echaba abajo todos los principios de la moral, a pesar de ser él mismo de una virtud rígida: sobrio hasta no beber más que una pinta de vino al mes; desinteresado hasta entregar a los herederos del infortunado Johan de Witt[42] una pensión de doscientos florines que le pasaba este gran hombre; generoso hasta dar de su dinero; siempre paciente en sus males y en su pobreza, siempre uniforme en su conducta.

Bayle, que tanto lo ha recusado, tenía poco más o menos el mismo carácter. Uno y otro han buscado toda su vida la verdad por caminos diferentes.

Spinoza hace un sistema especioso en algunos puntos, y muy erróneo en el fondo. Bayle ha combatido todos los sistemas: ¿qué ha pasado con los escritos de uno y otro? Han ocupado los ocios de algunos lectores: a eso se reducen todos los escritos; y desde Tales hasta los profesores de nuestras universidades, y hasta los más quiméricos razonadores, y hasta sus plagiarios, ningún filósofo ha influido ni siquiera en las costumbres de la calle en que vivía. ¿Por qué? Porque los hombres se rigen por la costumbre y no por la metafísica. Un solo hombre elocuente, hábil y prestigioso podrá mucho sobre los hombres; cien filósofos no podrán nada si no son más que filósofos.

XXV
Absurdidades

Hay ahora muchos viajes por tierras desconocidas; sigue sin servir de nada. Me encuentro como un hombre que, después de haber vagado por el Océano, al ver las islas Maldivas de que está sembrado el mar Índico quiere visitarlas todas. Mi gran viaje no me ha valido para nada; veamos si puedo sacar algún provecho de la observación de estas pequeñas islas, que sólo parecen servir para entorpecer la ruta.

Hay un centenar de cursos de filosofía en los que se me explican cosas de las que nadie puede tener la menor noción. Éste quiere hacerme comprender la Trinidad por la física[43]; me dice que se parece a las tres dimensiones de la materia. Le dejo hablar, y paso rápidamente. Aquél pretende hacerme tocar con el dedo la transubstanciación, mostrándome, por las leyes del movimiento, cómo puede existir un 55
accidente sin sujeto y cómo un mismo cuerpo puede estar en dos sitios a la vez[44]. Me tapo los oídos, y paso más rápidamente todavía.

Pascal, el mismo Blaise Pascal, el autor de las *Lettres provinciales*[45], profiere estas palabras: «¿Creéis que sea imposible que Dios sea infinito y sin partes? Voy, pues, a haceros ver una cosa indivisible e infinita: es un punto, que se mueve por todas partes a una velocidad infinita, porque está en todos los lugares, totalmente entero en cada sitio».

¡Un punto matemático que se mueve! ¡Santo cielo! ¡Un punto que sólo existe en la cabeza del geómetra, que está en todas partes y al mismo tiempo, y que tiene una velocidad infinita, como si la velocidad infinita actual pudiera existir! ¡Cada palabra es una locura, y es un gran hombre el que ha dicho estas locuras!

Vuestra alma es simple, incorpórea, intangible, me dice este otro; y como ningún cuerpo puede tocarla, voy a probaros mediante la física de Alberto Magno[46] que será quemada físicamente si no sois

de mi opinión; y he aquí cómo os lo pruebo *a priori*, reforzando a Alberto con los silogismos de Abelly[47]. Le respondo que no comprendo su *a priori;* que su cumplimiento me parece muy duro; que sólo la revelación, de la que no se trata entre nosotros, puede explicarme una cosa tan incomprensible; que le permito no ser de mi opinión, sin hacerle ninguna amenaza; y me alejo de él, por miedo a que me juegue una mala pasada, porque ese hombre me parece muy malvado.

Una multitud de sofistas de todos los países y de todas las sectas me abruma con argumentos ininteligibles sobre la naturaleza de las cosas, sobre la mía, sobre mi estado pasado, presente y futuro. Si se les habla de comer y de beber, de ropas, de alojamiento, de los géneros necesarios, del dinero con que nos los procuramos, todos se entienden de maravilla; si hay algunas pistolas[48] a ganar, todos y cada uno se afanan, nadie se equivoca en un céntimo; y cuando se trata de todo nuestro ser no tienen ninguna idea nítida; el sentido común los abandona. De ahí vuelvo a mi primera conclusión (Cuestión IV), que lo que no puede ser de uso universal, lo que no está al alcance del común de los hombres, lo que no es entendido por aquellos que más han ejercitado la facultad de pensar, no le resulta necesario al género humano.

XXVI
Del mejor de los mundos

Cuando corría por todas partes para instruirme encontré a unos discípulos de Platón: «Venid con nosotros», me dijo uno de ellos[49]; «estáis en el mejor de los mundos; hemos superado en mucho a nuestro maestro. En su tiempo sólo había cinco mundos posibles porque no hay más que cinco cuerpos regulares; pero ahora que hay una infinidad de universos posibles, Dios ha elegido el mejor; venid, y os encontraréis a gusto». Le respondí humildemente: «Los mundos que Dios podía crear eran, o mejores, o perfectamente iguales, o peores: no podía tomar el peor; los que eran iguales, suponiendo que los hubiera, no merecían la preferencia: eran totalmente los mismos; no se ha podido escoger entre ellos: tomar uno es tomar otro. Por lo tanto es imposible que no tomase el mejor. Pero ¿cómo eran posibles los otros cuando era imposible que existiesen?».

Me hizo bellísimas distinciones asegurándome siempre, sin entenderme, que este mundo es el mejor de todos los mundos realmente imposibles. Pero como entonces me sentía atormentado por el mal de piedra y sufría unos dolores insoportables, los ciudadanos del mejor de los mundos me llevaron a un hospital cercano. De camino, dos de estos bienaventurados habitantes fueron raptados por unas

criaturas, semejantes suyos: los cargaron de cadenas, a uno por ciertas deudas, al otro por una simple sospecha. No sé si fui llevado al mejor de los hospitales posibles; pero fui amontonado con dos o tres mil miserables que sufrían como yo. Había entre ellos varios defensores de la patria, que me informaron que habían sido trepanados y disecados vivos, que les habían cortado los brazos, las piernas, y que varios millares de sus generosos compatriotas habían sido masacrados en una de las treinta batallas habidas en la última guerra, que es la guerra número cien mil desde que conocemos las guerras. También se veía en aquella casa a unas mil personas de ambos sexos que parecían horribles espectros, y a los que frotaban con cierto metal porque habían seguido la ley de la naturaleza, y porque la naturaleza había tomado la precaución, no sé cómo, de envenenar en ellas la fuente de la vida[50]. Di las gracias a mis conductores.

Cuando me hubieron hundido un hierro muy cortante en la vejiga y sacado algunas piedras de aquella cantera; cuando estuve curado y no me quedaron más que algunas molestias dolorosas para el resto de mis días, presenté mis reproches a mis guías, me tomé la libertad de decirles que había cosas buenas en aquel mundo, dado que me habían sacado cuatro piedras del seno de mis desgarradas entrañas, pero que hubiera preferido que me hubieran frotado con piedras de río[51]. Les hablé de las

calamidades y de los innumerables crímenes que cubren ese excelente mundo. El más intrépido entre ellos, que era un alemán[52], compatriota mío, me informó de que todo esto no es más que pura bagatela.

«Fue», dijo, «un gran favor del cielo hacia el género humano que Tarquino violase a Lucrecia y que Lucrecia se apuñalase[53], porque se expulsó a los tiranos y porque la violación, el suicidio y la guerra prepararon una república que hizo la felicidad de los pueblos conquistados». Me costó admitir esa felicidad. Al principio no imaginé cuál había sido la felicidad de los galos y de los españoles, de los que se dice que César hizo perecer tres millones. Las devastaciones y las rapiñas también me parecieron algo desagradable; pero el defensor del optimismo se mantuvo en sus trece; seguía diciéndome lo mismo que el carcelero de Don Carlos[54]: «Calma, calma, es por vuestro bien». Por último, al quedarse sin salida, me dijo que no había que preocuparse por este glóbulo de la Tierra, donde nada anda a derechas, pero que en la estrella Sirio, en Orión, en el ojo del Tauro, y en otras partes, todo es perfecto: «Vayamos pues allí», le dije.

Un pequeño teólogo me tiró entonces del brazo; me confió que aquellas gentes eran unos soñadores, que no era en absoluto necesario que hubiese mal en la Tierra, que ésta había sido formada expresamente para que nunca hubiera en ella más que bien.

«Y para probároslo», me dijo, «sabed que antaño las cosas ocurrieron así durante diez o doce días.» —«¡Ay!», le respondí, «es una lástima, reverendo padre, que eso no haya continuado».

XXVII
De las mónadas, etcétera

El mismo alemán se apoderó de nuevo de mí; me adoctrinó, me enseñó con toda claridad lo que es mi alma. «En la naturaleza todo está compuesto de mónadas[55]; vuestra alma es una mónada; y como tiene relaciones con todas las demás mónadas del mundo, tiene necesariamente ideas de todo lo que pasa en él; estas ideas son confusas, lo cual es muy útil; y vuestra mónada, así como la mía, es un espejo concentrado de ese universo.

»Mas no creáis que actuáis de acuerdo con vuestros pensamientos. Hay una armonía preestablecida entre la mónada de vuestra alma y todas las mónadas de vuestro cuerpo, de modo que, cuando vuestra alma tiene una idea, vuestro cuerpo tiene una acción, sin que la una sea consecuencia de la otra. Son dos péndulos que van juntos; o, si queréis, esto se parece a un hombre que predica mientras otro hace los gestos. No os costará mucho concebir que es preciso que así sea en el mejor de los mundos. Porque...»

XXVIII
De las formas plásticas

Como yo no comprendía nada en absoluto de estas admirables ideas, un inglés, llamado Cudworth[56], se dio cuenta de mi ignorancia por mis ojos fijos, mi confusión, mi cabeza baja. «Estas ideas», me dijo, «os parecen profundas porque son huecas. Yo voy a enseñaros con toda claridad cómo actúa la naturaleza. En primer lugar está la naturaleza en general, luego están las naturalezas plásticas que forman todos los animales y todas las plantas, ¿lo entendéis?» «Ni una palabra, señor». — «Sigamos, pues.

»Una naturaleza plástica no es una facultad del cuerpo, es una sustancia inmaterial que actúa sin saber lo que hace, que es enteramente ciega, que no siente, ni razona, ni vegeta; pero el tulipán tiene su forma plástica que lo hace vegetar; el perro tiene su forma plástica que lo hace ir de caza, y el hombre tiene la suya que lo hace razonar. Estas formas son los agentes inmediatos de la Divinidad; no hay ministros más fieles en el mundo, porque dan todo y no se quedan con nada para ellas. Veis perfectamente que ahí están los verdaderos principios de las cosas, y que las naturalezas plásticas van a la par de la armonía preestablecida y de las mónadas, que son los espejos concentrados del universo.» Le confesé que lo uno iba uno a la par de lo otro.

XXIX

De Locke[57]

Después de tantas andanzas desdichadas, cansado, agotado, avergonzado de haber buscado tantas verdades y de haber encontrado tantas quimeras, volví a Locke como el hijo pródigo que vuelve a la casa del padre; me arrojé en brazos de un hombre modesto, que jamás finge saber lo que no sabe; que, a decir verdad, no posee inmensas riquezas, pero cuyos fondos están bien seguros y que goza de la riqueza más sólida sin ninguna ostentación. Me confirma en la opinión que siempre he tenido de que en nuestro entendimiento no entra nada sino a través de nuestros sentidos;

Que no existen nociones innatas;

Que no podemos tener la idea ni de un espacio infinito ni de un número infinito;

Que no pienso siempre, y que por consiguiente el pensamiento no es la esencia, sino la acción de mi entendimiento;

Que soy libre cuando puedo hacer lo que quiero;

Que esa libertad no puede consistir en mi voluntad, puesto que cuando permanezco voluntariamente en mi cuarto, cuya puerta está cerrada y cuya llave no tengo, no poseo la libertad de salir de él; puesto que sufro cuando quiero no sufrir; puesto que muy a menudo no puedo llamar a mis ideas cuando quiero llamarlas;

Que, por lo tanto, en el fondo es absurdo decir: *la voluntad es libre,* pues es absurdo decir: *quiero querer tal cosa;* porque es precisamente como si se dijera: *deseo desearla, temo temerla;* que, por último, la voluntad no es libre como no es azul o cuadrada (véase la Cuestión XIII);

Que sólo puedo querer como consecuencia de las ideas recibidas en mi cerebro; que estoy obligado a determinarme a consecuencia de esas ideas, ya que, sin eso, me determinaría sin razón, y en ello habría un efecto sin causa;

Que no puedo tener una idea positiva del infinito, puesto que soy muy finito;

Que no puedo conocer ninguna sustancia, pues sólo puedo tener ideas de sus cualidades, y que mil cualidades de una cosa no pueden hacerme conocer la naturaleza íntima de esa cosa, que puede tener cien mil cualidades ignoradas más;

Que sólo soy la misma persona en tanto que tengo memoria y el sentimiento de mi memoria: pues, al no tener la menor parte del cuerpo que me pertenecía en mi infancia, y carecer del menor recuerdo de las ideas que me afectaron a esa edad, es evidente que no soy ese mismo niño como no soy Confucio o Zoroastro. Me consideran la misma persona los que me han visto crecer y siempre han vivido conmigo; pero no tengo en modo alguno la misma existencia; no soy ya el antiguo yo; soy una nueva identidad, y de ahí, ¡qué singulares consecuencias!

Que, en fin, de acuerdo con la profunda ignorancia en que estoy seguro de encontrarme sobre los principios de las cosas, es imposible que pueda conocer cuáles son las sustancias a las que Dios se digna conceder el don de sentir y de pensar. En efecto, ¿hay sustancias cuya esencia sea pensar, que piensen siempre, y que piensen por sí mismas? En
64 tal caso, estas sustancias, sean las que fueren, son dioses: porque no tienen ninguna necesidad del Ser eterno y formador, pues poseen sus esencias sin él, pues piensan sin él.

En segundo lugar, si el Ser eterno ha concedido el don de sentir y de pensar a unos seres, les ha dado lo que esencialmente no les pertenecía; por tanto, ha podido dar esa facultad a todo ser, cualquiera que sea.

En tercer lugar, no conocemos ningún ser a fondo: por tanto es imposible que sepamos si un ser es incapaz o no de recibir el sentimiento y el pensamiento. Las palabras *materia* y *espíritu* no son más que palabras; no tenemos ninguna noción completa de esas dos cosas: por tanto, en el fondo hay tanta temeridad en decir que un cuerpo organizado por Dios mismo no puede recibir el pensamiento de Dios mismo como sería ridículo decir que el espíritu no puede pensar.

En cuarto lugar, supongo que hay sustancias puramente espirituales que nunca hayan tenido la idea de la materia y del movimiento: ¿serán bien

recibidas para negar que la materia y el movimiento puedan existir?

Supongo que la sabia congregación[58] que condenó a Galileo como impío y como absurdo, por haber demostrado el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, haya tenido algún conocimiento de las ideas del canciller Bacon[59], quien proponía examinar si la atracción es dada por la materia; supongo que el relator de ese tribunal hizo observar a aquellos graves personajes que había gente lo bastante loca en Inglaterra para sospechar que Dios podía dar a toda la materia, desde Saturno hasta nuestro pequeño montón de barro, una tendencia hacia un centro, una atracción, una gravitación, que sería absolutamente independiente de toda impulsión, puesto que la impulsión dada por un fluido en movimiento actúa en razón de las superficies, y que esa gravitación actúa en razón de los sólidos. ¿No veis a esos jueces de la razón humana, y de Dios mismo, dictar al punto sus sentencias, anatematizar esa gravitación que Newton demostró después, proclamar que eso es imposible para Dios y declarar que la gravitación hacia un centro es una blasfemia? Soy culpable, me parece, de la misma temeridad cuando oso asegurar que Dios no puede hacer sentir y pensar a un ser organizado cualquiera.

En quinto lugar, no puedo dudar de que Dios haya concedido sensaciones, memoria, y por consiguiente ideas, a la materia organizada en los anima-

les. ¿Por qué, pues, voy a negar que pueda hacer el mismo presente a otros animales? Ya se ha dicho: la dificultad consiste menos en saber si la materia organizada puede pensar que en saber cómo un ser, sea el que fuere, piensa.

El pensamiento tiene algo de divino; sí, sin duda, y por eso nunca sabré lo que es el ser pensante. El principio del movimiento es divino, y nunca sabré la causa de ese movimiento cuyas leyes ejecutan todos mis miembros.

Cuando estaba siendo amamantado, el hijo de Aristóteles atraía a su boca el pezón que chupaba formando exactamente con su lengua, que retiraba, una máquina neumática, sorbiendo el aire, formando el vacío, mientras su padre no sabía nada de todo esto y decía al azar que la naturaleza aborrece el vacío[60].

A la edad de cuatro años el hijo de Hipócrates demostraba la circulación de la sangre pasándose el dedo por la mano, e Hipócrates no sabía que la sangre circulase.

Nosotros somos esos niños mientras existimos; realizamos cosas admirables y ningún filósofo sabe cómo se hacen.

En sexto lugar he aquí las razones, o mejor las dudas, que me proporciona mi facultad intelectual sobre la modesta aserción de Locke. No digo en absoluto, repito, que es la materia la que piensa en nosotros; digo con él que no nos corresponde decla-

rar que sea imposible a Dios hacer pensar a la materia, que es absurdo declararlo, y que no corresponde a unos gusanos limitar la potencia del Ser supremo.

En séptimo lugar añado que esa cuestión es absolutamente ajena a la moral porque, sea que la materia pueda pensar o no, todo el que piensa debe ser justo, porque el átomo al que Dios haya dado el pensamiento puede merecer o desmerecer, ser castigado o recompensado, y durar eternamente, igual que el ser desconocido llamado antaño *soplo* y hoy *espíritu*, del que aún tenemos menos noción que de un átomo.

Sé perfectamente que quienes han creído que el ser llamado *soplo* podía ser el único susceptible de sentir y pensar han perseguido[61] a los que han salido en defensa del sabio Locke, y que no han osado limitar el poder de Dios a no animar más que este soplo. Pero cuando el universo entero creía que el alma era un cuerpo ligero, un soplo, una sustancia de fuego, ¿se habría hecho bien persiguiendo a los que han venido a enseñarnos que el alma es inmaterial? Todos los Padres de la Iglesia, que creyeron el alma un cuerpo sutil, ¿habrían hecho bien persiguiendo a los otros Padres que han aportado a los hombres la idea de la inmaterialidad perfecta? No, sin duda, porque el perseguidor es abominable; por tanto, los que admiten la inmaterialidad perfecta sin comprenderla han debido tolerar a los que la rechazaban porque no la comprendían. Los que han nega-

do a Dios el poder de animar el ser desconocido llamado *materia* han debido tolerar también a los que no han osado despojar a Dios de ese poder: porque es muy deshonesto odiarse por unos silogismos.

XXX

¿Qué he aprendido hasta ahora?

He contado, pues, con Locke y conmigo mismo, y me he encontrado dueño de cuatro o cinco verdades, liberado de un centenar de errores y cargado con una inmensa cantidad de dudas. Luego me he dicho a mí mismo: Esas pocas verdades que he adquirido mediante mi razón serán entre mis manos muy estériles si no puedo encontrar en ellas algún principio de moral. Para un animal tan endeble como el hombre es hermoso haberse elevado al conocimiento del amo de la naturaleza; pero esto no me servirá más que la ciencia del álgebra si no saco de ello alguna regla para la conducta de mi vida.

XXXI

¿Hay una moral?

Cuantos más hombres diferentes he visto debido al clima, las costumbres, el lenguaje, las leyes, el culto y la medida de su inteligencia, más he observa-

do que todos tienen el mismo fondo de moral; todos poseen una noción rudimentaria de lo justo y de lo injusto sin saber una palabra de teología; todos han adquirido esa misma noción a la edad en que se despliega la razón, lo mismo que todos han adquirido naturalmente el arte de levantar fardos por medio de estacas y de pasar un riachuelo sobre un trozo de madera sin haber aprendido matemáticas.

Me ha parecido, por tanto, que esa idea de lo justo y de lo injusto les era necesaria, pues todos estaban de acuerdo en ese punto en cuanto podían obrar y razonar. La inteligencia suprema que nos formó quiso que hubiera justicia en la tierra para que pudiéramos vivir en ella cierto tiempo. Me parece que, al no tener ni instinto para alimentarnos como los animales, ni armas naturales como ellos, y vegetando varios años en la debilidad de una infancia expuesta a todos los peligros, los pocos hombres que habrían quedado tras escapar a los dientes de las fieras, al hambre, a la miseria, se habrían dedicado a disputarse algún alimento y algunas pieles de animales, y no habrían tardado en destruirse como los hijos del dragón de Cadmo tan pronto como hubieran podido servirse de algún arma[62]. Al menos no habría existido sociedad ninguna si los hombres no hubieran concebido la idea de alguna justicia, que es el vínculo de toda sociedad.

¿Cómo el egipcio que levantaba pirámides y obeliscos, y el escita errante que no conocía siquiera las

chozas, habrían tenido las mismas nociones fundamentales de lo justo y de lo injusto, si Dios no hubiera dado desde siempre a uno y otro esa razón que, al desarrollarse, los hace vislumbrar los mismos principios necesarios, así como les dio unos órganos que, cuando han alcanzado el grado de su energía, perpetúan necesariamente y de la misma
70 manera la raza del escita y del egipcio? Veo una horda bárbara, ignorante, supersticiosa, un pueblo sanguinario y usurero, que ni siquiera tenía en su jerga un término para designar la geometría y la astronomía[63]: sin embargo, este pueblo tiene las mismas leyes fundamentales que el sabio caldeo que conoció las rutas de los astros, y que el fenicio, todavía más sabio, que se sirvió del conocimiento de los astros para ir a fundar colonias en los límites del hemisferio donde el Océano se confunde con el Mediterráneo. Todos estos pueblos proclaman que hay que respetar a su padre y a su madre; que el perjurio, la calumnia, el homicidio son abominables. Así pues, todos deducen las mismas consecuencias del mismo principio de su razón desarrollada.

XXXII

Utilidad real — Noción de la justicia

La noción de algo justo me parece tan natural, tan universalmente adquirida por todos los hom-

bres, que es independiente de toda ley, de todo pacto, de toda religión. Si reclamo a un turco, a un guebro, a un malabar[64], el dinero que le presté para alimentarse y vestirse, nunca se le ocurrirá responderme: «Esperad a que sepa si Mahoma, Zoroastro o Brahma ordenan que os devuelva vuestro dinero». Admitirá que es justo pagarme, y si no lo hace es porque su pobreza o su avaricia prevalecen sobre la justicia que reconoce.

Doy por sentado que no hay ningún pueblo en el que sea justo, bello, conveniente, honrado, negar el alimento a su padre y a su madre cuando puede dárselo; que ninguna población ha podido mirar nunca la calumnia como una acción buena, ni siquiera en una sociedad de santurrones fanáticos.

La idea de justicia me parece una verdad tan de primer orden, a la que todo el universo asiente, que los mayores crímenes que afligen a la sociedad humana todos son cometidos bajo un falso pretexto de justicia. El mayor de los crímenes, al menos el más destructivo y por consiguiente el más opuesto a la finalidad de la naturaleza, es la guerra; pero no hay ningún agresor que no coloree esa fechoría con el pretexto de la justicia.

Los depredadores romanos hacían declarar justas todas sus invasiones por unos sacerdotes llamados *feciales*. Todo bandido que se encuentra al frente de un ejército inicia sus excesos con un manifiesto, e implora al dios de los ejércitos.

Hasta los ladronzuelos cuando están asociados, se guardan mucho de decir: «Vamos a robar, vamos a arrebatar a la viuda y al huérfano su alimento»; dicen: «Seamos justos, vamos a recuperar nuestro bien de las manos de los ricos que nos lo quitaron». Tienen entre ellos, incluso, un diccionario que viene imprimiéndose desde el siglo XVI[65]; y en ese vocabulario, que ellos llaman *argot*, las palabras robo, hurto, rapiña, no aparecen; se sirven de términos que responden a *ganar, recuperar*.

Jamás se pronuncia la palabra injusticia en un consejo de Estado en el que se propone el asesinato más injusto; los conspiradores, incluso los más sanguinarios, nunca han dicho: «Cometamos un crimen». Todos han dicho: «Venguemos a la patria de los crímenes del tirano; castiguemos lo que nos parece una injusticia». En una palabra, aduladores cobardes, ministros bárbaros, conspiradores odiosos, ladrones sumidos en la iniquidad, todos rinden homenaje, a pesar suyo, a la virtud misma, que pisotean.

Siempre me ha sorprendido que, entre los franceses, que son ilustrados y civilizados, se hayan tolerado en el teatro estas máximas, tan horribles como falsas, que se encuentran en la primera escena de *Pompeyo*, y que son mucho más exageradas que las de Lucano, del que están imitadas:

La justice et le droit sont de vaines idées...
Le droit des rois consiste à ne rien épargner[66].

Y se ponen estas abominables palabras en boca de Fotin, ministro del joven Ptolomeo. Pero, precisamente porque es ministro, debía decir todo lo contrario; debía hacer ver la muerte de Pompeyo como una desgracia necesaria y justa.

Creo, pues, que las ideas de lo justo y de lo injusto son tan claras, tan universales, como las ideas de salud y de enfermedad, de verdad y de falsedad, de conveniencia y de inconveniencia. Los límites de lo justo y de lo injusto son muy difíciles de determinar; lo mismo que es difícil señalar el estado intermedio entre la salud y la enfermedad, entre lo que es conveniencia y la inconveniencia de las cosas, entre lo falso y lo verdadero. Son matices que se mezclan, pero los colores chillones saltan a la vista de todos. Por ejemplo, todos los hombres confiesan que se debe devolver lo que ha sido prestado; pero si sé con certeza que aquel a quien debo dos millones los utilizará para someter a mi patria, ¿debo devolverle esa arma funesta? Aquí los sentimientos se dividen; pero en general debo cumplir mi juramento cuando de ello no resulta ningún mal: de esto nunca ha dudado nadie.

XXXIII

¿Es prueba de verdad el consenso universal?

Se me puede objetar que el consenso de los hombres de todos los tiempos y de todos los países no es una prueba de la verdad. Todos los pueblos han creído en la magia, en los sortilegios, en los endemoniados, en las apariciones, en las influencias de los astros, en cien tonterías semejantes más: ¿no podría ocurrir lo mismo con lo justo y lo injusto?

Me parece que no. En primer lugar, es falso que todos los hombres hayan creído en estas quimeras. Eran, en realidad, el alimento de la imbecilidad del vulgo, y existe el vulgo de los grandes y el vulgo del pueblo; pero una multitud de sabios siempre se ha burlado de ellas: por el contrario, esa gran cantidad de sabios siempre ha admitido lo justo y lo injusto, tanto e incluso más todavía que el pueblo.

La creencia en los brujos, en los endemoniados, etcétera, está lejos de ser necesaria para el género humano: por lo tanto es un desarrollo de la razón dada por Dios, y la idea de los brujos y de los poseídos, etcétera, es, por el contrario, una perversión de esa misma razón.

XXXIV
Contra Locke

Locke, que me instruye y me enseña a desconfiar de mí mismo, ¿no se engaña a veces igual que yo? Quiere probar la falsedad de las ideas innatas; pero ¿no añade una razón muy mala a otras muy buenas? Confiesa que no es justo hacer hervir al prójimo en una caldera y comérselo. Sin embargo dice que ha habido pueblos de antropófagos, y que esos seres pensantes no habrían comido hombres de haber tenido las ideas de lo justo y de lo injusto, que supongo necesarias para la especie humana (véase la Cuestión XXXVI).

Sin entrar aquí en la cuestión de si ha habido en realidad pueblos de antropófagos, sin examinar las narraciones del viajero Dampier[67], que recorrió toda América y nunca vio ninguno, pero que en cambio fue recibido por todos los salvajes con la mayor humanidad, respondo lo siguiente:

Algunos vencedores se comieron a sus esclavos capturados en la guerra: creían hacer una acción muy justa; creían tener sobre ellos derecho de vida y muerte; y como disponían de pocos alimentos buenos para su mesa, creyeron que les estaba permitido alimentarse con el fruto de su victoria. Fueron en esto más justos que los triunfadores romanos, que mandaban ahorcar sin fruto alguno a los príncipes esclavos que habían encadenado a su

carro triunfal. Los romanos y los salvajes tenían una idea muy falsa de la justicia, lo admito; pero, en fin, unos y otros creían obrar justamente, y esto es tan cierto que los propios salvajes, cuando habían admitido a los cautivos en su sociedad, los miraban como a sus hijos, y esos mismos antiguos romanos dieron mil ejemplos admirables de justicia.

76

XXXV
Contra Locke

Admito, con el sabio Locke, que no hay ninguna noción innata, ni principio de práctica innato: es una verdad tan constante que resulta evidente que todos los niños tendrían una noción clara de Dios si hubieran nacido con esa idea, y que todos los hombres estarían de acuerdo en esa misma noción, acuerdo que nunca se ha visto. No es menos evidente que no nacemos con unos principios desarrollados de moral, pues no se ve cómo toda una nación podría rechazar un principio de moral que estuviera grabado en el corazón de cada individuo de esa nación.

Suponiendo que todos hayamos nacido con el principio moral bien desarrollado de que no hay que perseguir a nadie por su manera de pensar, ¿cómo pueblos enteros habrían sido perseguidores? Suponiendo que cada hombre lleva en sí la ley eviden-

te que ordena ser fiel a su juramento, ¿cómo todos esos hombres reunidos en corporaciones habrán decidido que no hay que mantener la palabra dada a unos herejes? Repito una vez más que, en lugar de estas ideas innatas quiméricas, Dios nos dio una razón que se fortalece con la edad y que nos enseña a todos, cuando estamos atentos y carecemos de pasión y de prejuicio, que hay un Dios, y que hay que ser justo; pero no puedo conceder a Locke las consecuencias que él deduce. Parece acercarse demasiado al sistema de Hobbes[68], del que sin embargo está muy alejado.

He aquí sus palabras, en el libro primero del *Entendimiento humano*[69]: «Considerad una ciudad tomada al asalto, y ved si en el corazón de los soldados, animados a la carnicería y al botín, aparece alguna consideración por la virtud, algún principio de moral, algunos remordimientos de todas las injusticias que cometen». No, no tienen remordimientos; ¿y por qué? Porque creen obrar justamente. Ninguno de ellos ha supuesto injusta la causa del príncipe por el que va a combatir: aventuran su vida por esa causa; cumplen el trato que han pactado; podían morir en el asalto; por lo tanto creen tener derecho a matar; podían ser despojados; piensan por tanto que pueden despojar. Añádase que están en la ebriedad de la furia, que no se razona; y, para probaros que no han rechazado la idea de lo justo y de lo honrado, proponed a esos mismos sol-

dados mucho más dinero del que el pillaje de la ciudad les puede procurar, jóvenes más bellas que las que han violado, a cambio sólo de que, en vez de degollar, en su furia, a tres o cuatro mil enemigos que aún resisten, y que pueden matarlos, vayan a degollar a su propio rey, a su canciller, a sus secretarios de Estado y a su capellán mayor: no encontraréis uno solo de esos soldados que no rechace horrorizado vuestras propuestas. Sin embargo, no le proponéis más que seis asesinatos en lugar de cuatro mil, y les ofrecéis una recompensa enorme. ¿Por qué os rechazan? Porque creen justo matar a cuatro mil enemigos, y porque el asesinato de su soberano, al que han prestado juramento, les parece abominable.

Locke prosigue, y, para probar mejor que no hay ninguna regla práctica innata, habla de los mingrelianos[70], para quienes es una especie de juego, dice, enterrar vivos a sus hijos, y de los caribes, que castran a los suyos para engordarlos mejor, a fin de comérselos.

Ya se ha observado en otra parte que este gran hombre fue demasiado crédulo al referir estas fábulas; Lambert[71], que sólo imputa a los mingrelianos enterrar vivos a sus hijos por placer, no tiene demasiado crédito.

Chardin[72], viajero que pasa por verídico, y por el que se pidió rescate en Mingrelia, hablaría de esa horrible costumbre si es que existía; y no sería suficiente que lo dijese para que se creyera; sería preci-

so que veinte viajeros, de naciones y religiones diferentes, coincidiesen en confirmar un hecho tan extraño para que hubiera una certeza histórica.

Lo mismo sucede con las mujeres de las islas Antillas, que castraban a sus hijos para comérselos: eso no es propio de la naturaleza de una madre.

El corazón humano no está hecho así: castrar niños es una operación muy delicada, muy peligrosa, y que, lejos de engordarlos, los adelgaza por lo menos durante todo un año, y que a menudo los mata. Este refinamiento sólo estuvo en uso entre los grandes que, pervertidos por el exceso del lujo y por los celos, pensaron en tener eunucos para servir a sus mujeres y a sus concubinas. En Italia, y en la capilla del Papa, se adoptó sólo para tener músicos cuya voz fuese más bella que la de las mujeres. Pero en las islas Antillas es difícil presumir que unos salvajes hayan concebido el razonamiento de castrar niños para hacer con ellos un buen plato; y luego, ¿qué habrían hecho con sus hijas?

Locke cita también a los santos de la religión mahometana, que se aparean devotamente con sus burras para no sentirse tentados a cometer la menor fornicación con las mujeres de la comarca. Hay que poner estos cuentos junto al del loro que mantuvo una conversación tan bella en lengua brasileña con el príncipe Mauricio[73], conversación que Locke tiene la simpleza de referir sin sospechar que el intérprete del príncipe había podido burlarse de él.

De este modo, el autor de *Del espíritu de las leyes*[74] se divierte citando unas pretendidas leyes de Tonquín, de Bantam[75], de Borneo, de Formosa, basándose en algunos viajeros embusteros o mal informados. Locke y él son dos grandes hombres en quienes no parece disculpable esa simpleza.

80

XXXVI
La naturaleza igual en todas partes

Sin seguir a Locke en este punto, digo con el gran Newton: «*Natura est semper sibi consona;* la naturaleza siempre es semejante a sí misma». La ley de la gravedad que actúa sobre un astro actúa sobre todos los astros, sobre todo la materia: del mismo modo, la ley fundamental de la moral actúa igual sobre todas las naciones bien conocidas. Hay mil diferencias en las interpretaciones de esa ley, en mil circunstancias; pero el fondo subsiste siempre idéntico, y ese fondo es la idea de lo justo y de lo injusto. Se comete una enorme cantidad de injusticias en el arrebato de las pasiones, de la misma manera que se pierde la razón en la ebriedad; pero cuando la ebriedad ha pasado, vuelve la razón, y es, a mi parecer, la única causa que hace subsistir la sociedad humana, causa subordinada a la necesidad que tenemos los unos de los otros.

¿Cómo, pues, hemos adquirido la idea de la justicia? Como hemos adquirido la idea de la prudencia, de la verdad, de la honestidad: por el sentimiento y por la razón. Es imposible que no nos parezca muy imprudente la acción de un hombre que, arrojándose al fuego para hacerse admirar, esperara salvarse. Es imposible que no nos parezca muy injusta la acción de un hombre que, airado, mata a otro. La sociedad sólo se basa en estas nociones, que nunca arrancarán de nuestro corazón; y por eso subsiste toda sociedad, por más extravagante y horrible que sea la superstición a la que esté sometida.

¿A qué edad conocemos lo justo y lo injusto? A la edad en que sabemos que dos y dos son cuatro.

XXXVII
De Hobbes

Profundo y extraño filósofo, buen ciudadano, espíritu audaz, enemigo de Descartes, tú, que te has equivocado como él, tú, cuyos errores en física son grandes, y merecedores de perdón porque llegaste antes que Newton, tú, que dijiste verdades que no compensan tus errores, tú, que fuiste el primero en hacer ver la quimera de las ideas innatas, tú que fuiste el precursor de Locke en varias cosas, pero que también lo fuiste de Spinoza, es inútil que sorprendas a tus lectores consiguiendo casi demostrar-

les que no hay más leyes en este mundo que las de la convención; que no hay más justo e injusto que lo que se ha convenido en llamar así en un país. Si te hubieras encontrado solo con Cromwell en una isla desierta, y Cromwell hubiera querido matarte por haber tomado el partido de tu rey en una isla de Inglaterra[76], ¿no te habría parecido ese atentado tan injusto en tu nueva isla como te lo habría parecido en tu patria?

Dices que, en la ley de la naturaleza, «como todos tienen derecho a todo, cada uno tiene derecho sobre la vida de su semejante». ¿No confundes el poder con el derecho? ¿Crees que, en efecto, el poder da el derecho, y que un hijo robusto no tiene nada que reprocharse por haber asesinado a su padre postrado y decrépito? Quien estudie la moral debe empezar por refutar tu libro en su corazón, pero tu propio corazón te refutaba todavía más: porque fuiste virtuoso lo miso que Spinoza, y sólo te faltó, como a él, enseñar los verdaderos principios de la virtud, que practicabas y recomendabas a los demás.

XXXVIII
Moral universal

La moral me parece tan universal, tan calculada por el Ser universal que nos formó, tan destinada a

servir de contrapeso a nuestras pasiones funestas, y a aliviar las inevitables penas de esta breve vida, que, desde Zoroastro hasta lord Shaftesbury[77], veo a todos los filósofos enseñar la misma moral, aunque todos tengan ideas diferentes sobre los principios de las cosas. Hemos visto que Hobbes, Spinoza y el mismo Bayle, quienes o bien han negado los primeros principios o bien han dudado de ellos, sin embargo han recomendado enérgicamente la justicia y todas las virtudes.

Cada nación tuvo ritos religiosos particulares, y muy a menudo absurdas y escandalosas opiniones en metafísica, en teología; pero se trata de saber si hay que ser justo, y entonces todo el universo está de acuerdo, como hemos dicho en la Cuestión XXXVI, y como nunca se repetirá bastante.

XXXIX
De Zoroastro

No examino en absoluto en qué tiempo vivía Zoroastro, a quien los persas atribuyeron nueve mil años de antigüedad, lo mismo que Platón a los antiguos atenienses. Sólo veo que sus preceptos de moral se han conservado hasta nuestros días: fueron traducidos de la antigua lengua de los magos a la lengua vulgar de los guebros, y parece por las alegorías pueriles, las observaciones ridículas, las

ideas fantásticas de que está llena esa recopilación, que la religión de Zoroastro es la más alta de la Antigüedad. Es en ella donde se encuentra el nombre de *jardín* para expresar la recompensa de los justos; en ella se ve el principio del mal bajo el nombre de Satán, que los judíos también adoptaron. En ella encontramos formado el mundo en seis

estaciones o seis tiempos. En ella se manda recitar un *Abunavar* y un *Ashim vuhu* para los que estornudan.

Pero, en fin, en esa recopilación de cien puertas o preceptos sacados del libro del *Zend*[78], y donde se refieren incluso las palabras mismas del antiguo Zoroastro, ¿qué deberes morales se prescriben?

Los de amar, socorrer a su padre y a su madre, dar limosna a los pobres, no faltar nunca a la palabra dada, abstenerse, cuando uno duda si el acto que va a hacer es justo o no (Puerta 30).

Me detengo en este precepto, porque ningún legislador ha podido ir nunca más allá; y me confirmo en la idea de que, cuantas más supersticiones ridículas establece Zoroastro en materia de culto, más demuestra la pureza de su moral que no era su propósito corromperla; que cuanto más se dejaba llevar al error en sus dogmas, más imposible le era errar enseñando la virtud.

XL
De los brahmanes[79]

Es verosímil que los brahmas o brahmanes existiesen muchísimo tiempo antes de que los chinos tuvieran sus cinco *kings*[80]*;* y lo que fundamenta esa extrema probabilidad es que en China las antigüedades más buscadas son indias, y que en la India no hay en absoluto antigüedades chinas.

Estos antiguos brahmas eran sin duda tan malos metafísicos, tan ridículos teólogos como los caldeos y los persas y todas las naciones que se encuentran al occidente de China. Pero, ¡qué sublimidad en moral! Según ellos, la vida no era más que una muerte de algunos años, tras la cual se viviría con la Divinidad. No se limitaban a ser justos con los demás sino que eran rigurosos consigo mismos; el silencio, la abstinencia, la contemplación, la renuncia a todos los placeres, eran sus principales deberes. Por eso todos los sabios de las demás naciones iban a su país para aprender lo que se llamaba *la sabiduría*.

XLI
De Confucio

Los chinos no tuvieron ninguna superstición, ningún charlatanismo que reprocharse como el

resto de los pueblos. El gobierno chino mostraba a los hombres, hace mucho más de cuatro mil años, y todavía les muestra, que se los puede regir sin engañarlos; que no es con la mentira con lo que se sirve al Dios de verdad; que la superstición es no sólo inútil sino nociva para la religión. La adoración de Dios nunca fue tan pura ni tan santa como en China (dejando a un lado la revelación). No hablo de las sectas del pueblo, hablo de la religión del príncipe, y de la de todos los tribunales y de todo lo que no es populacho. ¿Cuál es la religión de toda la gente honrada de China desde hace tantos siglos? Ésta: «Adorad al cielo y sed justos». Ningún emperador ha tenido otra.

Se sitúa con frecuencia al gran Kug-Fu-tze, a quien nosotros llamamos Confucio, entre los antiguos legisladores, entre los fundadores de religiones. Kug-Fu-tze es muy moderno: vivió sólo seiscientos cincuenta años antes de nuestra era. Nunca instituyó ningún culto, ningún rito; nunca se declaró ni inspirado ni profeta; no hizo otra cosa que reunir en un corpus las antiguas leyes de la moral.

Invita a los hombres a perdonar las injurias y a acordarse sólo de los beneficios; a velar constantemente sobre uno mismo, a corregir hoy las faltas de ayer; a reprimir las pasiones y a cultivar la amistad; a dar sin ostentación y a recibir únicamente lo indispensable sin bajeza.

No dice que no hay que hacer a otro lo que no queremos que nos hagan: eso sólo es prohibir el mal; hace más, recomienda el bien: «Trata a otro como quieres que se te trate».

Enseña no sólo la modestia, sino también la humildad; recomienda todas las virtudes.

XLII
De los filósofos griegos y en primer lugar de Pitágoras

Todos los filósofos griegos han dicho tonterías en física y en metafísica. Todos son excelentes en moral; todos igualan a Zoroastro, a Kug-Fu-tze, y a los brahmanes. Leed únicamente los *Versos de oro* de Pitágoras, es el compendio de su doctrina; no importa de qué mano sean. Decidme si en ellos ha sido olvidada una sola virtud.

XLIII
De Zaleuco[81]

Reunid todos vuestros lugares comunes, predicadores griegos, italianos, españoles, alemanes, franceses, etcétera; que se destilen todas vuestras declamaciones: ¿se sacará de ellas un extracto más puro que el exordio de las leyes de Zaleuco?

«Dominad vuestra alma, purificadla, apartad todo pensamiento criminal. Creed que Dios no puede ser bien servido por el perverso; creed que no se parece a los débiles mortales, que las alabanzas y los presentes seducen: sólo la virtud puede agradarle.»

He ahí el compendio de toda moral y de toda religión.

88

XLIV
De Epicuro[82]

Unos pedantes de colegio, unos petimetres de seminario, han creído, a partir de ciertas bromas de Horacio y de Petronio[83], que Epicuro había enseñado la voluptuosidad mediante preceptos y con su ejemplo. Epicuro fue toda su vida un filósofo prudente, temperante y justo. A los doce o trece años era sabio: porque, cuando el gramático que lo instruía le recitó este verso de Hesíodo:

El Caos fue producido el primero de todos los seres,

«¡Eh!, ¿quién lo produjo», dijo Epicuro, «si era el primero?» — «No lo sé», respondió el gramático; «sólo los filósofos lo saben». — «Voy entonces a instruirme con ellos», replicó el niño; y desde esa época hasta la edad de setenta y dos años cultivó la

filosofía. Su testamento, que Diógenes Laercio[84] nos ha conservado en su integridad, nos descubre un alma tranquila y justa; libera a los esclavos que en su opinión han merecido esa gracia; recomienda a sus albaceas que den la libertad a los que se vuelvan dignos de ella. Nada de ostentación, ni de injusta preferencia; ésa fue la última voluntad de un hombre que sólo las tuvo razonables. Fue el único de todos los filósofos que tuvo por amigos a todos sus discípulos, y su secta fue la única en que se le supo amar, y que no se dividió en varias.

Tras haber examinado su doctrina y lo que se ha escrito a su favor y en su contra parece que todo se reduce a la disputa entre Malebranche y Arnauld[85]. Malebranche afirmaba que el placer hace feliz, Arnauld lo negaba; era una disputa de palabras, como tantas otras disputas en que la filosofía y la teología aportan su incertidumbre, cada una por su lado.

XLV
De los estoicos

Si los epicúreos volvieron amable la naturaleza humana, los estoicos la hicieron casi divina. Resignación ante el Ser de los seres, o más bien elevación del alma hasta ese Ser; desprecio del placer, desprecio incluso del dolor, desprecio de la vida y de

la muerte, inflexibilidad en la justicia: tal era el carácter de los verdaderos estoicos, y todo lo que ha podido decirse en su contra es que desanimaban al resto de los hombres.

Sócrates, que no era de su secta, demostró que se podía llevar la virtud tan lejos como ellos sin ser de ningún partido; y la muerte de este mártir de la
90 Divinidad es el oprobio eterno de Atenas, aunque ésta se haya arrepentido.

El estoico Catón[86] es, por otro lado, el eterno honor de Roma. Epicteto[87], en la esclavitud, es quizá superior a Catón dado que siempre está contento en su miseria. «Estoy», dice, «en el lugar en que la Providencia ha querido que estuviese; quejarme por ello es ofenderla».

¿Diré que el emperador Antonino[88] esta todavía por encima de Epicteto porque triunfó de más seducciones, y porque a un emperador le era mucho más difícil no corromperse que a un pobre no murmurar? Leed los *Pensamientos* de uno y otro, el emperador y el esclavo os parecerán igualmente grandes.

¿Osaré hablar aquí del emperador Juliano[89]? Erró sobre el dogma, pero desde luego no erró sobre la moral. En una palabra, no hay en la Antigüedad ningún filósofo que no haya querido volver mejores a los hombres.

Entre nosotros ha habido gente que nos ha dicho que todas las virtudes de estos grandes hombres no

eran más que pecados ilustres[90]. ¡Ojalá la tierra esté cubierta de culpables como éstos!

XLVI
Filosofía y virtud

Hubo sofistas que fueron respecto a los filósofos lo que los monos son respecto a los hombres. Luciano se burló de ellos[91]; se los despreció: fueron poco más o menos lo que han sido los monjes mendicantes en las universidades. Pero no olvidemos nunca que todos los filósofos han dado grandes ejemplos de virtud, y que los sofistas, e incluso los monjes, han respetado todos la virtud en sus escritos.

XLVII
De Esopo[92]

Situaré a Esopo entre estos grandes hombres, e incluso a la cabeza de estos grandes hombres, sea que haya sido el Pilpai[93] de los indios, o el antiguo precursor de Pilpai, o el Lokman de los persas[94], o el Hakym de los árabes[95], o el Hakam de los fenicios, no importa; veo que sus fábulas estuvieron en boga en todas las naciones orientales, y que su origen se pierde en una antigüedad cuyo abismo no se

puede sondar. ¿A qué tienden estas fábulas tan profundas como ingenuas, estos apólogos que parecen visiblemente escritos en una época en la que no se dudaba de que los animales tuvieran un lenguaje? Han instruido a casi todo nuestro hemisferio. No son recopilaciones de sentencias fastidiosas, que aburren más que aclaran; es la verdad misma con el encanto de la fábula. Todo lo que se ha podido hacer es añadirles embellecimientos en nuestras lenguas modernas. Esa antigua sabiduría es simple y desnuda en el primer autor. Las ingenuas gracias con que se la ha adornado en Francia no han ocultado su fondo respetable. ¿Qué nos enseñan todas estas fábulas? Que hay que ser justo.

XLVIII

De la paz nacida de la filosofía

Dado que todos los filósofos tenían dogmas diferentes, es evidente que el dogma y la virtud son de una naturaleza totalmente heterogénea. Creyeran o no que Tetis era la diosa del mar[96], estuvieran persuadidos o no de la guerra de los gigantes y de la edad de oro[97], de la caja de Pandora[98] y de la muerte de la serpiente Pitón[99], etcétera, estas doctrinas no tenían nada en común con la moral. Cosa admirable en la Antigüedad es que la teogonía no haya turbado nunca la paz de las naciones[100].

XLIX
Otras cuestiones

¡Ah, si pudiéramos imitar a la Antigüedad! ¡Si por fin hiciéramos con las disputas teológicas lo que hemos hecho al cabo de diecisiete siglos en las bellas letras!

Hemos vuelto al gusto por la sana Antigüedad tras haber estado sumidos en la barbarie de nuestras escuelas. Los romanos nunca fueron tan absurdos como para imaginar que pudiera perseguirse a un hombre porque creía en lo vacío o en lo lleno, porque pretendía que los accidentes no pueden subsistir sin sujeto, porque explicaba en un sentido un pasaje de un autor que otro entendía en un sentido contrario.

Todos los días recurrimos a la jurisprudencia de los romanos; y cuando nos faltan leyes (cosa que nos ocurre tan a menudo), vamos a consultar el *Código* y el *Digesto*[101]. ¿Por qué no imitar a nuestros maestros en su sabia tolerancia?

¿Qué le importa al Estado que seamos reales o nominales, que nos inclinemos por Scoto o por Tomás[102], por Ecolampadio[103] o por Melanchton[104]; que seamos del partido de un obispo de Ypres[105] al que no hemos leído, o de un fraile español[106] al que hemos leído menos todavía? ¿No está claro que todo esto debe ser tan indiferente al verdadero interés de una nación como traducir bien o mal un pasaje de Licofrón[107] o de Hesíodo?

L
Otras cuestiones

Sé que a veces los hombres están enfermos del cerebro. Hemos tenido un músico[108] que murió loco porque su música no había parecido suficientemente buena. Ciertas personas han creído tener la nariz de vidrio; pero si los hubiera lo bastante atacados para pensar, por ejemplo, que siempre tienen razón, ¿habría eléboro suficiente para una enfermedad tan extraña?

Y, si estos enfermos, para sostener que siempre tienen razón amenazasen con el suplicio capital a todo el que piense que pueden estar equivocados; si organizasen espías para descubrir a los refractarios; si decidieran que un padre, por el testimonio de su hijo, que una madre, por el de su hija, debe perecer en las llamas, etcétera, ¿no habría que atar a estas gentes y tratarlas como a los que están atacados de rabia?

LI
Ignorancia

¿Me preguntáis a qué viene todo este sermón si el hombre no es libre? En primer lugar, yo no os he dicho en absoluto que el hombre no sea libre; os he dicho[109] que su libertad consiste en su poder

de obrar, y no en el poder quimérico de *querer querer*. Luego os diré que, a pesar de estar atado en la naturaleza, la Providencia eterna me predestinaba a escribir estas divagaciones, y predestinaba a cinco o seis lectores a sacarles provecho, y a cinco o seis más a despreciarlas y a dejarlas en la multitud inmensa de los escritos inútiles.

Si me decís que no os he enseñado nada, recor- 95
dad que me he anunciado como un ignorante.

LII
Otras ignorancias

Soy tan ignorante que ni siquiera sé los hechos antiguos con que me acunan; siempre temo equivocarme en setecientos u ochocientos años por lo menos cuando busco en qué época vivieron esos antiguos héroes que fueron los primeros, según se dice, en practicar el robo y el bandidaje en una gran extensión del país; y esos primeros sabios que adoraron las estrellas, o peces, o serpientes, o muertos, o seres fantásticos.

¿Quién fue el primero que imaginó los seis gahambares[110], y el puente de Tshinavar, y el Dardaroth, y el lago de Karon[111]? ¿En qué época vivían el primer Baco, el primer Hércules, el primer Orfeo?

Toda la Antigüedad es tan tenebrosa hasta Tucídides y Jenofonte[112] que me veo forzado a no

saber casi una palabra de lo que ocurrió en el globo que habito antes del corto período de unos treinta siglos; y en estos treinta siglos, incluso, ¡cuántas oscuridades, cuántas incertidumbres, cuántas fábulas!

LIII

Mayor ignorancia

Mi ignorancia me pesa mucho más cuando veo que ni yo, ni mis compatriotas, sabemos absolutamente nada de nuestra patria. Mi madre me dijo que yo había nacido a orillas del Rin; quiero creerlo. He preguntado a mi amigo, el sabio Apedeutes[113], natural de Curlandia[114], si tenía conocimiento de los antiguos pueblos del Norte, sus vecinos, y de su desdichado y pequeño país: me ha respondido que no tenía más nociones de eso que de los peces del mar Báltico.

En cuanto a mí, todo lo que sé de mi país es que César dijo, hace unos mil ochocientos años, que éramos bandidos, que teníamos la costumbre de sacrificar hombres a no sé qué dioses para obtener de ellos alguna buena presa, y que nunca salíamos de correría sin ir acompañados de viejas brujas que hacían esos hermosos sacrificios.

Un siglo después Tácito dijo algunas palabras sobre nosotros sin habernos visto nunca; nos considera como a la gente más honrada del mundo en

comparación con los romanos, porque asegura que, cuando no teníamos nadie a quien robar, pasábamos los días y las noches emborrachándonos con mala cerveza en nuestras chozas.

Desde ese tiempo de nuestra edad de oro hay un vacío inmenso hasta la historia de Carlomagno. Al llegar a estos tiempos conocidos, veo en Goldast[115] una carta magna de Carlomagno, fechada en Aquisgrán, en la que este sabio emperador habla de la siguiente manera:

«Sabed que, cazando un día cerca de esta ciudad, encontré las termas y el palacio que Grano[116], hermano de Nerón y de Agripa, había construido antaño».

Ese Grano y ese Agripa, hermanos de Nerón, me demuestran que Carlomagno era tan ignorante como yo, y eso alivia.

LIV
Ignorancia ridícula

La historia de la Iglesia de mi país se parece a la de Grano, el hermano de Nerón y de Agripa, y es mucho más maravillosa. Hay niños resucitados, dragones capturados con una estola como conejos con un lazo; hostias que sangran de una puñalada que les da un judío; santos que corren tras sus cabezas cuando se las han cortado. Una de las leyendas más dadas por ciertas en nuestra historia eclesiásti-

ca de Alemania es la del bienaventurado Pierre de Luxembourg[117], quien, en los dos años 1388 y 1389, después de su muerte, hizo dos mil cuatrocientos milagros, y en los años sucesivos tres mil, según las cuentas hechas, entre los que sin embargo no se citan cuarenta y dos muertos resucitados.

Me informo si los demás Estados de Europa tienen historias eclesiásticas tan maravillosas y tan auténticas. En todas partes encuentro la misma sabiduría y la misma certeza.

LV

Peor que ignorancia

Luego he visto con qué tonterías ininteligibles los hombres se habían lanzado unos a otros imprecaciones, se habían perseguido, degollado, ahorcado, atormentado en la rueda y quemado; y he dicho: Si hubiera habido un sabio en esos abominables tiempos, ese sabio habría tenido que vivir y morir en los desiertos.

LVI

Comienzo de la razón

Veo que hoy, en este siglo que es la aurora de la razón, algunas cabezas de esa hidra del fanatismo

vuelven a renacer. Parece que su veneno es menos mortal y sus fauces menos devoradoras. La sangre no ha corrido por la gracia versátil, como corrió durante tanto tiempo por las indulgencias plenarias que se vendían en el mercado; pero el monstruo todavía subsiste: todo el que busque la verdad correrá el riesgo de ser perseguido. ¿Hay que permanecer de brazos cruzados en las tinieblas? ¿O hay que encender una antorcha en la que la envidia y la calumnia vuelvan a encender sus hachones? Por lo que a mí respecta, creo que la verdad no debe seguir ocultándose ante estos monstruos, de la misma forma que no debe abstenerse uno de tomar alimentos por temor a ser envenenado.

[1] *Le Spectacle de la nature, ou Entretiens sur les particularités de l'histoire naturelle qui ont paru les plus propres à rendre les jeunes curieux et à leur former l'esprit (El espectáculo de la naturaleza, o Conversaciones sobre las particularidades de la historia natural que han parecido más idóneas para volver curiosos a los jóvenes y formar su espíritu)* apareció en 1732, y, dado su éxito, fue rápidamente traducida a casi todas las lenguas europeas. Era obra de Noël-Antoine Pluche, más conocido como abate Pluche (1688-1761), escritor interesado por gran variedad de temas, que van desde una *Historia del cielo,* a partir de las ideas de los poetas, hasta una *Mecánica de las lenguas,* tema de gran interés para los ilustrados. *El espectáculo de la naturaleza* es una obra de divulgación que desarrolló el gusto por el estudio científico en pleno siglo XVIII, aunque no participa del espíritu de las Luces: el abate Pluche basa sus justificaciones en la Biblia, se burla de la teoría de Newton, etcétera. El señor caballero al que se refiere la frase es Isaac Newton (1642-1727), que descubrió la ley de la atracción universal; fue nombrado caballero en 1705 por la reina de Inglaterra.

[2] Pierre Gassendi (1592-1655), filósofo, matemático y físico francés, trató de conciliar el cristianismo con el atomismo de Epicuro, y se enfrentó a la filosofía aristotélica y a Descartes, en una larga querella sobre las ideas innatas.

[3] Alusión a Descartes, que expuso la teoría en sus *Principios filosóficos* (III, 65 y ss.); para el filósofo el sistema material estaba animado por un movimiento de rotación: «Que los cielos están divididos en diversos torbellinos y que los polos de algunos de estos torbellinos tocan las partes más alejadas de los polos de los otros». Newton dejó obsoleta esta teoría con su ley de la atracción universal. En las últimas líneas del párrafo Voltaire caricaturiza las opiniones de Descartes hasta el punto de adjudicarle ideas contrarias a las expresadas por el autor del *Discurso del método*.

[4] Génesis, 9,5.

[5] Poco se sabe de la existencia de Longo el Sofista; quizá naciera en Lesbos y pasara luego a ser esclavo de un romano. Vivió posiblemente a fines del siglo II y dejó una novela, *Dafnis y Cloe*, de gran influencia en la narrativa pastoril de los siglos XVI y XVII.

[6] Leopoldo I de Habsburgo (1640-1705), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1658. Se casó en 1666 con Margarita María Teresa (1651-1673), infanta de España, hija de su tío materno, el rey español Felipe IV, y de su segunda esposa, Mariana de Austria, hermana de Leopoldo. Sin embargo, la política matrimonial de Felipe IV y la muerte de éste retrasaron la boda desde 1663, fecha en que se firmaron las capitulaciones; la emperatriz moriría a los veintidós años a consecuencia del parto de su cuarta hija. El emperador

practicó a partir de entonces la vida monacal, la castidad y el fervor religioso.

[7] El hijo primogénito de Luis XIV y de María Teresa de Austria, Luis de Francia (1661-1711), que no sobrevivió a su padre, se casó con María Ana Cristina de Baviera (1680), con la que tuvo tres hijos; su primogénito, Luis (1682-1712), tampoco sobrevivió a su abuelo, y fue su último vástago quien terminaría heredando la corona francesa con el nombre de Luis XV (1710-1774). De carácter inocuo, carecía de inteligencia, según su preceptor Bossuet.

[8] Cuestión II.

[9] La legua métrica, o geométrica, equivale a 4 km. Los cálculos del impreciso método de triangulación daban como resultado 120 millones de km de distancia entre la Tierra y el Sol, distancia que hasta 1769 no se concretaría en 149,5 millones de km gracias a una de las leyes de Kepler.

[10] Tomás de Aquino (1225-1274), padre de la filosofía escolástica.

[11] Anthony Collins (1676-1729), magistrado y librepensador inglés, amigo de Locke; sus teorías sobre religión y metafísica lo enfrentaron a Samuel Clarke y a Thomas Sherlock entre otros, y le obligaron a refugiarse varias veces en Holanda; sus ideas más audaces quedaron expuestas en su *Ensayo sobre el uso de la razón* (1707), *Discurso sobre la libertad de pensar* (1713), *Investigaciones sobre la libertad del hombre* (1717), etcétera.

[12] Samuel Clarke (1675-1729), teólogo inglés que ejerció notable influencia sobre Voltaire, a quien sus conocimientos impresionaron en Londres. En él vio al

«patrón» de la renovación del arrianismo en Inglaterra (*Cartas filosóficas,* VII), y leyó atentamente sus *Sermones,* reunidos en el *Tratado de la existencia de Dios.* Esta obra servirá a Voltaire para enfrentarse a los argumentos del materialismo expuestos por el barón d'Holbach en su *Système de la nature.* A través de Clarke, Voltaire pudo captar el pensamiento de Locke y las consecuencias metafísicas que podían extraerse de la filosofía de Newton. Para él, Clarke será siempre el hombre que ha demostrado la existencia de Dios, aunque esa verdad, según escribe a Federico de Prusia: «La creo; pero la creo como lo que es más verosímil; es una luz que me hiere a través de mil tinieblas» (*Correspondance,* ed. de F. Deloffre, Gallimard, La Pléiade, París, 1977-1990, 13 vols., t. I, p. 858). A Clarke debe Voltaire, además, el razonamiento que lo llevó a escribir uno de sus versos preferidos y más difundidos: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo».

[13] «Los hados guían al que se somete, arrastran al que se resiste» (Séneca, Epístola CVII).

[14] *De nihilo nihilum, in nihilum nil posse reverti* (Persio, Sátira III, v. 84).

[15] Fenicia estaba formado por el actual Líbano y partes de Siria, Israel y Palestina. Desapareció tras ser conquistada por Alejandro Magno en el año 332 a. C. El término *cahut* pertenece a la misma raíz indoeuropea que *caos*, con el significado de desorden completo o confusión, «mezcla confusa de partículas de toda especie, sin forma ni regularidad, a la que los filósofos antiguos suponen el movimiento esencial, atribuyéndole en consecuencia la formación del universo» (Diderot, artículo *Caos,* Enciclopedia, III, 1753, 156).

16 Del hebreo *tohu ubohu,* que significa *caos* (Génesis 1,1), el cielo del cielo y la tierra de la tierra.

17 La revelación.

18 Término fenicio: sombra, noche, sol poniente.

19 Según la *Teogonía* del poeta griego Hesíodo (hacia 700 a. C.), el Caos es anterior no sólo al origen del mundo, sino al de los dioses: «En el principio existió Caos, y luego Gea, la de vasto pecho, sede inquebrantable de todos los Inmortales que habitan las nevadas cumbres del Olimpo; y en las profundidades de la tierra de anchos caminos el tenebroso Tártaro. Por último, Eros, el más hermoso de los Inmortales, que relaja los miembros de todos los dioses y de todos los hombres y cautiva su corazón y la sensata voluntad en sus pechos. De Caos nacieron Erebo y la negra Noche. De la Noche nacieron el Éter y el Día...». *(Teogonía*, vv. 116-125). El poeta latino Ovidio (siglo I) es autor de un poema mitológico, las *Metamorfosis.*

20 Lucas, 16,26.

21 Cuestión VII.

22 «Esa alma pone en movimiento la mole y se mezcla con el gran cuerpo». Virgilio (poeta latino nacido en el año 70 y muerto en el 19 a. C.) alude al *anima mundi* que sustenta cielo y tierra, el luminoso globo de la luna y los titánicos astros, y penetra en cada parte *(Eneida,* VI, 727).

23 «Júpiter es todo lo que ves, a donde quiera que vayas» (*Farsalia,* IX, 580). Marco Anneo Lucano (39-65), poeta latino de origen cordobés, era sobrino de Séneca. Amigo de Nerón, éste lo apartó de su lado por celos literarios. Lucano escribió entonces epigramas contra el emperador y participó en la conspiración de

Pisón; cuando ésta quedó al descubierto, fue obligado a suicidarse. Su obra principal, la *Farsalia,* narra en diez cantos la guerra civil entre César y Pompeyo, en los que dibuja a los personajes históricos a partir de la filosofía estoica.

[24] Como en el último párrafo de la Cuestión XIV, Voltaire ataca la revelación porque su luz hace pasar por «engañosas» las luces de la razón.

[25] Nicolas Malebranche (1638-1715), filósofo, sacerdote y teólogo francés, cuya metafísica se basa en dos principios racionales: «Nada es más evidente que todas las criaturas son seres particulares y que la razón es universal y común a todos los espíritus»; y «El hombre no es en sí mismo su propia luz». Malebranche pretendía que los seres particulares participan del ser, que encierra todo; «pero todos los seres tanto creados como posibles, como toda su multiplicidad, no pueden llenar la vasta extensión del ser», que se descubre en cada una de nuestras ideas, que emanan del infinito; «no se puede ver la esencia de un ser infinitamente perfecto sin ver su existencia [la de Dios]: no se le puede ver simplemente como un ser posible: nada lo comprende, nada puede representarlo. Por tanto, si piensa en él, es preciso que él sea».

[26] Es Dante (1265-1321), y no un poeta de la Antigüedad, quien en la *Divina Comedia,* en los cantos VIII y IX del *Paraíso,* describe el tercer cielo de Venus, y en los cantos XIV-XVIII el quinto cielo de Marte.

[27] Alusión al ying y al yang de los chinos.

[28] Resumen de las cuestiones 23 a 11 de la primera parte de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino. El término *nuncupativo*, desaparecido en la práctica del

español, procede del latín *nuncupare*: declarar solemnemente. «En el contexto, podría traducirse "Dios existe nuncupativamente" por "el Verbo es con Dios" o "el Verbo es Dios": lo que Él dice es» (Véronique le Ru, *Le philosophe ignorant*, GF, 2009, p. 60).

[29] Tales de Mileto, filósofo presocrático jonio y uno de los Siete sabios de Grecia (*ca.* 625-*ca.* 547 a. C.). Primer pensador conocido de la historia, Tales concibió el agua como el elemento primero del universo; del agua procederían los demás elementos: el aire, el fuego y la tierra. Voltaire ironiza con el verbo *haberme sumido*: según la tradición, Tales murió al caer en un pozo cuando caminaba observando el cielo.

[30] Empédocles *(ca.* 490-*ca.* 435 a. C.), filósofo presocrático griego que daba al fuego la primacía sobre los otros tres elementos (aire, tierra, agua, en este orden) que componen todas las cosas.

[31] Epicuro *(ca.* 342/341-270 a. C.), filósofo, astrónomo y físico griego; sus teorías sobre física derivan del atomismo de Demócrito, en el que introduce la idea de un *clinamen* para afirmar la libertad de la voluntad humana, negada por el atomismo. Para Epicuro, el todo está constituido por una infinidad de átomos en la infinitud del vacío, por la que se desplazan; al introducir la idea del *clinamen* (desviación espontánea de la línea recta), Epicuro permite que los átomos choquen entre sí y se reúnan de mil maneras formando combinaciones y grupos que constituyen el origen de las grandes masas: el mar, la tierra, el cielo y los seres vivos.

[32] Pitágoras *(ca.* 580-*ca.* 497 a. C.), filósofo griego a quien se debe la noción de número («Todo es número»), al que la escuela pitagórica redujo todos los domi-

nios: la filosofía ética y la lógica, los conocimientos matemáticos y la geometría, la astronomía y la música (aritmética sensible), etc. Atribuidos sin ninguna razón a Pitágoras, con su nombre nos han llegado unos *Versos de oro*, obra de sus discípulos, en los que dan consejos morales que habrían salido de boca del maestro.

[33] En su diálogo dedicado a la exaltación de Eros, dios del amor, *El Banquete (ca*. 380 a. C.), el filósofo griego Platón creó el mito del andrógino, antiguo ser esférico, de una sola cabeza, dos rostros, cuatro brazos y cuatro piernas. Del andrógino, descendiente de la Luna, habría tres tipos: dos hombres, dos mujeres y un conjunto de hombre y mujer; para debilitar su fuerza, Zeus dividió con su rayo en dos a cada uno de esos seres, volviéndolos incompletos. El mito platónico trata de explicar los distintos tipos de relaciones sexuales que se daban entre los seres humanos.

[34] Baruch Spinoza (1632-1677), filósofo holandés descendiente de una familia judía de origen portugués, trató de conciliar, sobre todo en su *Ética*, determinismo y libertad; ésta consistiría en el conocimiento de las causas de la acción. Al enfrentarse a la idea del mal como fruto de la debilidad del hombre –secuela del pecado original de Adán–, Spinoza afirma *(Deus sive Natura)* que «cuanto existe en la naturaleza, considerado en su esencia y en su perfección, envuelve y expresa del concepto de Dios»; Dios es la Naturaleza, la Sustancia única e infinita que tiene poder para existir y obrar por sí misma. Basándose en los escritos de Abraham ibn Ezra, propuso un nuevo método de lectura de la Biblia, exigiendo que el texto se explique por sí mismo, y no por interpretaciones

menos libres, porque todo está en el texto, incluso en sus pasajes oscuros o contradictorios. Aclamado por Hegel, su sistema ha sido objeto de frecuentes estudios durante la segunda mitad del siglo XX por pensadores como Gilles Deleuze, Étienne Balibar, Pierre Macherey o Toni Negri, que analizan su idea de lo político-social, su materialismo y el carácter inmanente de su filosofía.

35 Voltaire cree leer a Spinoza, pero de hecho el 109
texto del que disponía en su biblioteca era la *Réfutation des erreurs de Benoît de Spinoza, par M. de Fénelon, archevêque de Cambray, par le P. Lami bénédictin et par M. le comte de Boulainvilliers, avec la vie de Spinosa* (1731), una paráfrasis trivial e incompleta del texto del conde de Boulainvilliers. De igual manera, el párrafo anterior es un resumen deformado de la *Ética* de Spinoza a través tanto de sus detractores como de sus partidarios más acérrimos.

36 Pierre Bayle (1647-1706), filósofo y escritor francés, de religión protestante, profesor de filosofía y de historia en Rotterdam; por su reacción frente a la revocación del edicto de Nantes y la publicación de un *Aviso importante a los refugiados* (1680), que proclamaba la libertad de religión y la tolerancia, fue expulsado de su cátedra por «irreligión y complicidad con el rey de Francia»; no sería la última vez que fue perseguido. En su obra mayor, el *Dictionnaire historique et critique* (1697-1702), que se quiere corrección de los errores de otras obras semejantes, Bayle aboga, desde el escepticismo, por el intercambio permanente de puntos de vista y de opiniones contradictorias, método que abrió el camino a Voltaire.

[37] Proteo es en la mitología griega la divinidad marina que mora en la isla de Faros, en la desembocadura del Nilo, como pastor de los rebaños de focas de Posidón. Tenía el poder de metamorfosearse y adoptar diversas formas; debido a ello, su hija Idotea, que quería ayudar a Menelao, retenido por una calma chicha en la isla, a regresar a Grecia tras la guerra de Troya, aconsejó al jefe griego cogerlo por sorpresa: Menelao y algunos de sus compañeros se disfrazaron de focas; después de apoderarse de él, y a pesar de que el dios se convirtió sucesivamente en león, serpiente, pantera, agua y árbol, Proteo les indicó la forma de conjurar los vientos (*Odisea*, IV, vv. 349 y ss.).

[38] Estratón de Lampsaco (muerto en 269 a. C.), filósofo griego, segundo director de la escuela peripatética situada en el Liceo, fundada por Aristóteles; fue discípulo de Teofrasto, a quien sucedió al frente del Liceo (desde 288 hasta 268 a. C.). Antes había sido preceptor del futuro Ptolomeo Filadelfo en la corte de Alejandría. El mundo, según Estratón, no era ninguna obra de Dios, sino de la Naturaleza, surgida del movimiento y del juego permanente de los elementos naturales.

[39] Diágoras de Melos, filósofo griego que habría perecido hacia 400 a. C. en un naufragio. Discípulo de Demócrito, escribió poemas de los que nos han llegado algunos fragmentos; fue apodado «el Ateo» y expulsado de Atenas (*ca*. 415 a. C.) por haberse burlado de los misterios de Eleusis.

[40] Pirrón (360-275 a. C.), filósofo escéptico oriundo de la Élide (Grecia); acompañó a Alejandro Magno a Asia y Persia (334 a. C.), donde se instruyó con los gimnosofistas y con los magos. Vuelto agnóstico, se

negó a emitir una opinión sobre cualquier asunto, base del pirronismo; no escribió nada, pero su discípulo Timón de Flionte (*ca*. 324-253 a. C.) y sus seguidores explicaron el método para alcanzar el estado de incomprensión y ataraxia, o la felicidad de no saber absolutamente nada.

[41] Pese a esta afirmación de Voltaire, en el apéndice a la primera parte de la *Ética* Spinoza hace una crítica radical del principio de las causas finales y de la voluntad de Dios, «ese asilo de la ignorancia».

[42] Johan de Witt (1625-1672), geómetra en su juventud, dirigió de hecho la república de las Provincias Unidas durante veinte años como Gran Pensionista de los Estados de Holanda; gobernó en tiempos revueltos, frente a la Inglaterra Republicana primero, luego frente a la casa de Orange, por último ante la ambición de Luis XIV cuyas tropas invadieron los Países Bajos españoles; acusado de haber entregado la República a Francia, fue asesinado por una multitud pro-orangista, crimen con el que Alexandre Dumas inicia *El tulipán negro* (cap. III).

[43] Alusión a Kepler que expone parte del misterio de la Trinidad tratando de mostrar que preside la organización del cosmos, en el prólogo de su *Mysterium cosmographicum* (1597).

[44] El párrafo alude a la teoría cartesiana de la transubstanciación defendida por el físico francés Jacques Rohault (1618-1672) en sus *Entretiens sur la philosophie* (1671), donde se enfrenta a los ataques de la Iglesia contra las ideas de Descartes.

[45] Blaise Pascal (1623-1662), filósofo jansenista francés que, aspirando a la renuncia al mundo, se reti-

ró al monasterio de Port-Royal, de donde lo sacó la condena por el Vaticano de cinco proposiciones de Jansenio (véase nota 105); Pascal se compromete a fondo en esa lucha de ideas religiosas en la que se enfrenta a los jesuitas con sus dieciocho *Cartas escritas a un provincial* (conocidas como *Las provinciales*, 1656-1657), que popularizaron las disputas teológicas sobre la gracia eficaz y la gracia suficiente; sólo la amenaza de ser condenado por la Iglesia, con la inclusión de sus *Cartas* en el Índice, detuvo en pleno triunfo su pluma. Apartado nuevamente del mundo, Pascal lee y escribe intensamente preparando lo que había de ser su gran obra, *Pensées* (*Pensamientos*, 1670), su mayor aportación al espíritu moderno. El fragmento citado a continuación refiere, aunque no al pie de la letra, una nota marginal de Pascal a su pensamiento n.º 397 (Pascal, *Œuvres complètes*, ed. Le Guern, Pléiade, 2000, p. 680).

46 Alberto Magno (1193/1206-1280), monje dominico, filósofo, teólogo, naturalista, químico y alquimista alemán, que tradujo y comentó a Aristóteles, parafraseándolo y haciendo lo mismo en sus comentarios a Averroes; de este modo difundió por primera vez en Occidente las filosofías griega y árabe; como científico, se interesó por la astronomía, las matemáticas y la medicina, así como por la alquimia, a la que aportó una treintena de títulos.

47 Louis Abelly (1603-1691), monje dominico y teólogo francés, confesor de Mazarino y obispo de Rodez, cargo del que dimitió para retirarse a un monasterio. Fue autor de un compendio de teología dogmática en dos volúmenes, *Medulla theologica* (*El tuétano teoló-*

gico, 1651), cuyas tesis antijansenistas despertaron grandes controversias por su probabilismo.

48 Nombre francés para una moneda equivalente al escudo español.

49 Nicolas Malebranche (véase nota 25), partidario del «Todo está bien». Pero la burla de Voltaire se dirige contra la fórmula leibniziana del «mejor de los mundos posibles», que centra la sátira de *Cándido*. En el *Poema sobre la destrucción del terremoto de Lisboa,* Voltaire es más concreto: «Leibniz no me enseña con qué invisibles nudos,/ en el mejor ordenado de los mundos posibles,/ un desorden eterno, un caos de desdichas,/ mezcla a nuestros placeres vanos dolores reales,/ ni por qué el inocente, así como el culpable,/ sufren por igual el mal inevitable./ Ya no puedo concebir cómo estaría todo bien:/ soy como un doctor: por desgracia no sé nada» (véase mi edición de Voltaire: *Cuentos completos en prosa y verso*, Siruela, 2005, pp. 811-816).

50 Alusión a la sífilis u otra enfermedad venérea, para cuya curación se utilizaba el mercurio.

51 La expresión *prendre des vessies pour des lanternes* (cometer una equivocación burda) utiliza el sentido figurado que desde la Edad Media hasta el siglo XVIII tiene el término *lanternes:* «cuentos absurdos y extravagantes».

52 G. W. Leibniz.

53 Tarquino el Soberbio (534-510 a. C.) fue el séptimo y último rey semilegendario de Roma: su orgullo y tiranía motivaron su expulsión a raíz de la violación de Lucrecia por el hijo de Tarquino, Sexto, que había amenazado con matarla si se resistía. Tras referir a su

padre y a su marido los hechos, Lucrecia se apuñaló en su presencia.

[54] Alusión a Don Carlos, hijo de Felipe II, que murió en prisión; la historia o su leyenda se conocían desde el Renacimiento e inspiraron varias obras literarias.

[55] El término «mónada», difundido por Leibniz, se remonta a la filosofía pitagórica, para la que designa «los elementos simples de que está hecho el universo». En su *Monadología* (escrita originalmente en francés, en 1714, fue publicada por primera vez en alemán por Köhler, en 1720, con el título *Lehrsätze über die Monadologie*, y en latín, en las Actas Eruditorum, Leipzig, en 1721, con el título *Principia Philosophiae*; hasta mucho más tarde, en 1840, no apareció publicada en la versión original) Leibniz expone que todo ser es una mónada o un compuesto de mónadas; éstas están jerarquizadas por su grado de perfección, y pueden ser simples, cuando carecen de conciencia y de memoria (en los minerales y vegetales); sensitivas, cuando poseen conciencia y memoria e imitan la razón (en los animales); razonables, cuando cuentan con la conciencia reflexiva de sus percepciones (en el hombre); y Dios, o mónada de mónadas (Hegel).

[56] Ralph Cudworth (1617-1688), filósofo inglés, representante de la escuela platónica de Cambridge, conocido por su creación del neologismo *conciousness* (utilizado luego por Locke) en su obra *The True intellectual system*, que ataca el determinismo para probar la existencia de Dios (frente al ateísmo de Hobbes), el aspecto natural de las distinciones morales y la realidad de la libertad humana. Su obra erudi-

ta y carente de originalidad importa sobre todo para el conocimiento del pensamiento religioso tras la Restauración inglesa.

[57] John Locke (1632-1704), filósofo inglés de enorme influencia sobre el pensamiento de la Ilustración; representante del empirismo, sistema para el que todo conocimiento procede de la experiencia, el pensamiento de Locke funda en cierto modo el liberalismo, tanto en su plano político como en el económico, que debe garantizar el respeto a los derechos naturales de todo hombre; de este modo eliminaba del ámbito del poder político los derivados éticos y religiosos que hasta entonces controlaba. Su capital *Carta sobre la tolerancia* separa el poder del Estado del poder de las Iglesias, dadas las diferencias entre los fines temporales y espirituales de uno y otras. Al proclamar la libertad de conciencia, Locke se enfrentaba al autoritarismo dogmático, y también al anarquismo individualista, pues todas las relaciones deben ser garantizadas por las leyes que el Estado se da según las circunstancias en que se desenvuelve. Además de su primera obra, *Ley de la Naturaleza*, hay que citar títulos determinantes como *Ensayo sobre el entendimiento humano, Tratados sobre el gobierno civil*, *Pensamientos sobre la educación* y *El cristianismo razonable.*

[58] El tribunal de la Inquisición, en 1633.

[59] Francis Bacon (1561-1626), gran canciller inglés con Jacobo I (1617), cargo del que fue expulsado tras ser juzgado por numerosos casos de concusión y encerrado en la Torre de Londres. Fue rehabilitado por Carlos I (1625); durante su caída en desgracia revisó y completó sus obras filosóficas, con las que aspiraba a

renovar el método de estudio científico, basado hasta entonces en el razonamiento deductivo; abogó por el inductivo, basado en la observación confirmada por la experiencia. Su obra principal, *Novum Organum*, sentó las bases del empirismo.

[60] Aristóteles, *Física* (libro IV, capítulos 6-9).

[61] Los elogios que Voltaire hizo de Locke en sus *Lettres philosophiques* le habían convertido en objeto de persecución.

[62] Por orden del oráculo, Cadmo, primogénito de los hijos de Agenor, construyó la ciudad de su nombre en Tebas, a imitación de la Tebas egipcia. Cuando para ofrecer un sacrificio a Palas mandó a sus compañeros a recoger agua en un bosque vecino consagrado a Marte, éstos fueron devorados por un dragón, hijo de Marte y de Venus. Cadmo se vengó matando al monstruo, cuyos dientes sembró; de ellos salieron hombres armados que lo atacaron, pero que terminaron volviéndose contra sí mismos. Los cinco que sobrevivieron le ayudaron a construir su ciudad.

[63] Voltaire alude aquí, no al pueblo judío, sino a los teólogos judíos, por su pretensión de proclamar a su pueblo elegido de Dios.

[64] El pueblo guebro –sobre cuya tolerancia Voltaire escribió una tragedia así titulada, *Les Guebres*–, que formó parte de Persia, siguió fiel al culto de Zoroastro. En cuanto a *malabar*, que en concreto designaba a los habitantes de las costas de Malabar, en el sudoeste de la península india, en el siglo XVIII el término designaba en general a los habitantes de la India.

[65] *Le Jargon, ou Langage de l'argot réformé*, París, *ca*. 1610. Hay, sin embargo, un libro anterior, publica-

do en 1596: *La Vie généreuse des mercelots, gueuz et boemiens, contenans leur façon de vivre, subtilitez et gergon*, de Pechon de Ruby (ed. crítica, París, 2007).

[66] «La justicia y el derecho son vanas ideas... El derecho de los reyes consiste en no perdonar nada» (Corneille, *La mort de Pompée*, I, 1). Sobre Lucano, véase la nota 23.

[67] William Dampier (1652-1715), viajero, navegante y bucanero inglés, el primero que exploró partes de Nueva Holanda (Australia) y de Nueva Guinea. En 1683 participó en una expedición al Pacífico que lo llevó por Sumatra, China y la India. En 1699 publicó el relato de sus aventuras en un *Viaje alrededor del mundo;* su expedición de 1699-1701 le permitió escribir *Un viaje a Nueva Holanda* (1703-1709). Apoyado por el Almirantazgo, en 1703 dirigió una expedición para apoderarse de navíos españoles; en ella viajaba Alexander Selkirk, marinero abandonado en una isla deshabitada del archipiélago Juan Fernández; Dampier lo rescataría cinco años más tarde, durante otra expedición corsaria; al parecer este hecho inspiró a Daniel Defoe su novela *Robinson Crusoe.* A su regreso a Inglaterra, los expedicionarios habían acumulado una cantidad de dinero equivalente a más de 20 millones de libras actuales.

[68] Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés que conoció en su juventud las guerras de religión inglesas; su experiencia lo llevó a dedicar casi la mitad de su obra política a la cuestión religiosa, a las Iglesias, la cristiana sobre todo, que exigen un poder autónomo, dividiendo así a la sociedad en dos ámbitos de poder: el temporal y el espiritual. El sistema de Hobbes se

inclina por someter éste y todas sus cuestiones al Soberano, que debe resolver la oposición haciendo respetar las leyes de la naturaleza: «La ley de la naturaleza y la ley civil se contienen una a otra y son de igual extensión»; y el Soberano se encarga de hacer «de las leyes de la naturaleza verdaderas leyes». Entre sus obras capitales figuran *Leviatán* (1651), *Elementos de la ley natural y política* (1640), *Del ciudadano* (1641), etcétera, en las que se opone a la tradición aristotélica, base del escolasticismo, y provoca una revolución copernicana en filosofía.

[69] *A Essay concerning Human Understanding* (1690), obra capital de Locke en la que se enfrenta a cualquier forma de pensamiento dogmático y a todas las concepciones inoperantes; al nacer, el espíritu sería una tabla rasa sin ningún carácter ni idea, y sólo la experiencia puede llenarlo con la percepción de los objetos exteriores y las operaciones del pensamiento, o ideas que proceden de la reflexión. Leibniz refutó su empirismo desde el racionalismo en *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*.

[70] Los mingrelianos forman un grupo étnico de georgianos que habitan en Samegrelo, o Mingrelia, región de Georgia.

[71] El jesuita Lambert publicó en 1749 un *Recueil d'observations curieuses sur les mœurs, les costumes, les arts et les sciences des différents peuples de l'Asie, de l'Afrique et de l'Amérique*.

[72] Jean Chardin (1643-1713), hijo de un joyero protestante, fue enviado cuando tenía veintidós años a Persia y a la India para comerciar en diamantes; de regreso en 1670, retornó al año siguiente a esa región

donde el rey persa lo nombró su comerciante; en 1680 volvió a Francia, pero, viendo a los protestantes perseguidos, se trasladó a Inglaterra, donde fue bien acogido por Carlos II; éste lo nombró joyero de la corte y representante de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Fue en Holanda donde publicó su libro *Voyages de monsieur le Chevalier Chardin en Perse et autres lieux de l'Orient* (1686), en el que recoge parcialmente sus recuerdos sobre las costumbres y modos de vida de la cultura persa sobre todo. La relación completa de sus viajes aparecería en Amsterdam en 1711 bajo el título *Journal du voyage du Chevalier Chardin*.

[73] El príncipe Mauricio de Nassau, estatúder de Holanda (1567-1625), a quien Voltaire cita con este mismo ejemplo en su cuento *Historia de Jenni, o el Sabio y el Ateo* (cf. mi edición de Voltaire: *Cuentos completos en prosa y verso,* Siruela, 2006, p. 765, n. 66).

[74] *De l'esprit des lois* (1748), obra capital para el pensamiento moderno, escrita por Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de Montesquieu (1689-1755); en ella sienta el principio de separación de poderes de las diversas instituciones que forman el Estado: los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, base de toda democracia.

[75] Antiguo nombre que los europeos daban a la ciudad y al sultanato indonesio de Banten, al que los holandeses consiguieron imponer su soberanía y en 1813 integrar en el territorio de las Indias Holandesas. Tras un período de esplendor (siglos XVII-XIX), en la actualidad es sólo una aldea de pescadores.

[76] Olivier Cromwell (1599-1658), militar y político inglés, que gobernó Inglaterra desde 1650 hasta su muerte; tras el fallecimiento de Carlos I, era, aparentemente, el único político notable capaz de gobernar; como jefe militar, se distinguió durante la guerra civil derrotando a las huestes realistas y destacando tanto por su valentía como por la crueldad propia y la de sus tropas. En 1649 proclamó la República, y tres años más tarde era nombrado por el Parlamento, temeroso de la anarquía latente, Lord Protector de la República de Inglaterra, Escocia e Irlanda, y no tardó en imponer un despotismo puritano.

[77] Anthony, conde de Shaftesbury (1671-1713), filósofo y político inglés, cuya obra *An inquiry concerning virtue or merit* (1727) ejerció gran influencia durante su siglo y el siguiente. Aboga en ese libro por una virtud moral, racionalista y sentimentalista a un tiempo, que coincida con el orden armonioso del universo; toda su filosofía está teñida de teología.

[78] El *Zend-Avesta*, que recopila los textos sagrados de Zoroastro (o Zaratustra), profeta y reformador religioso persa (*ca.* VII a. C., aunque otras opiniones lo sitúan en el año 1000 o en el 400 a. C.); según sus doctrinas se llega a la felicidad a través de cien puertas. El *Zend-Avesta* empezó a conocerse en Europa parcialmente hacia mediados del siglo XVIII.

[79] Los brahmas constituían la casta superior de sacerdotes en la antigua sociedad india; llegaban a ese rango cuando alcanzaban el conocimiento del Brahman, la entidad más alta de la filosofía hindú.

[80] O los cinco libros sagrados de la sabiduría que Confucio se encargó de ordenar. Este filósofo chino

(*ca*. 555-479 a. C.) dejó unas enseñanzas que, recopiladas por sus discípulos, han sustentado durante siglos la civilización china.

[81] Zaleuco, filósofo y legislador griego que habría vivido en la primera mitad del siglo VII a. C., en Locros (Baja Italia), aunque muchos historiadores ponen en duda su existencia. En la época de Cicerón se le atribuía un código de leyes del que sólo se ha conservado el preámbulo; tenía por objeto mantener las buenas costumbres y se basaba en la necesidad de una religión.

[82] Véase nota 31.

[83] Cayo Petronio Arbiter, Petronio (¿-65 de nuestra era), «árbitro de la elegancia» para los romanos, es el satírico latino más importante; se le debe la novela el *Satiricón,* que narra las andanzas libertinas, y sobre todo homosexuales, de dos jóvenes: Encolpio –el narrador– y su amigo Ascito, a quienes se suma un muchacho, Gitón, que los enfrenta entre sí. Implicado en la conspiración de Pisón contra Nerón, fue obligado a darse la muerte.

[84] Diógenes Laercio, nacido a principios del siglo III, fue un filósofo y poeta griego que, además de una recopilación de epigramas, escribió *Vidas, doctrinas y sentencias de los filósofos ilustres,* donde se esmera por situarlos en su entorno con distintas anécdotas y sus relaciones con otros filósofos; resume además sus doctrinas a grandes rasgos.

[85] Antoine Arnauld (1612-1694), teólogo, filósofo y matemático francés, una de las cabezas más visibles del jansenismo y de la oposición a los jesuitas; en sus obras, más que definir un sistema de pensamiento, saca a la luz los errores de otros filósofos y hace una

crítica del cartesianismo, en el que arranca su primera controversia sobre el placer y la felicidad. Entre 1683 y 1685 entabló una larga polémica con Malebranche sobre las relaciones entre teología y metafísica *(De las verdaderas y las falsas ideas),* para terminar defendiendo que la Providencia puede intervenir con milagros para superar los límites de las leyes regulares que Dios ha puesto en el mundo *(Tratado de la Naturaleza y de la Gracia, Los milagros de la ley antigua* y *Reflexiones sobre el nuevo sistema de la Naturaleza y de la Gracia).*

[86] Catón el Joven, o Catón de Útica (95-46 a. C.), político romano, que se enfrentó a la ambición de Julio César. Tras la derrota en Farsalia de Pompeyo, a quien respaldaba, y la de Metelo Escipión, a quien apoyó con algunas tropas en África, se encerró en Útica (capital del África proconsular, al noroeste de Cartago, en la actual Túnez, a 40 kilómetros de su capital) y se traspasó con la espada tras leer y meditar el diálogo platónico *Fedón,* que trata de la inmortalidad del alma.

[87] Epicteto (55-135), filósofo estoico griego, esclavo en Roma y manumitido; expulsado de Roma junto con los demás filósofos por el emperador Domiciano, abrió escuela en Nicópolis, en el noroeste de Grecia. No escribió ninguna obra, pero su discípulo Flavio Arriano recogió sus enseñanzas en un *Enquiridion* (o manual) y en unos *Discursos* que tratan más de ética y moral práctica que de filosofía.

[88] Marco Aurelio Antonino Augusto (121-180), emperador de Roma desde el año 161, escribió durante sus campañas militares unas *Meditaciones* donde expone un pensamiento heredero de los estoicos, que

busca la armonía y del equilibrio en la conducta del ser humano.

89 El emperador romano Juliano el Apóstata (331-363) aplicó al llegar al poder en el año 361 una tolerancia religiosa que supuso un soplo de aire fresco tras el reinado de su predecesor, Constancio II. Después de rechazar el cristianismo como religión oficial, restauró el paganismo y estableció un culto solar.

90 *Peccata splendida*, según Agustín de Hipona.

91 Luciano de Samosata (125-*ca.* 195), escritor y sofista griego, autor de más de setenta obras, en su mayoría discursos y conferencias que dio por toda la cuenca mediterránea. Destacan sus *Diálogos,* sobre todo los *Diálogos de los muertos* y *Diálogos de los dioses, Timón, Cuentos*, etcétera; se trata en su mayoría de obras breves y satíricas, en las que ridiculiza tanto la religión y los dioses como los hombres importantes, los escritores a la moda, etcétera. En muchos puntos sirvió de modelo a Erasmo y a Voltaire entre otros.

92 El griego Esopo, que vivió entre los siglos VII y VI a. C., está considerado como el padre de la fábula; su personalidad sigue siendo legendaria: esclavo, prisionero de guerra, jorobado, cojo y tartamudo, murió condenado a ser arrojado desde lo alto de un precipicio. Las *Fábulas* que se le atribuyen ya eran conocidas en la tradición oral de los pueblos indoeuropeos en el siglo V y su redacción muy posterior a esa centuria. Se trata de relatos breves y secos protagonizados por animales, escritos en prosa y sin pretensiones literarias.

93 Brahmán legendario de la India, también conocido como Pilapay o Bidpay, al que persas y árabes atribuyen una recopilación de apólogos, escrita a peti-

ción de un príncipe llamad Dabchelim, y titulada *Pantcha-Tantra,* probablemente la recopilación más antigua que nos ha llegado. Se tradujo al árabe con el título de *Libro de Calima y Dimna,* con el que lo conoció la cultura occidental. En sus apólogos, los animales hablan a los hombres dándoles consejos de conducta. En 1251 probablemente fue mandado traducir al castellano por el infante Alfonso el Sabio (luego Alfonso X).

[94] Luqman, hombre santo citado en el Corán (azora 31), convertido en esclavo por comerciantes eslavos que invadieron África. Se trata de un personaje legendario, que unos identifican con Balaam, y otros con el sabio Ahiqar de la tradición armenia, aunque de hecho se ignora todo sobre su época y sobre su verdadera identidad. Se le consideraba como un árabe meridional, un nubio o un abisinio. Posteriormente se le atribuyeron fábulas con las que, por medio de animales, daba consejos a su hijo; estas fábulas son paralelas a las de otros héroes de la antigüedad bíblica o pagana, como Esopo.

[95] Al Hakim ib-Amr Allah (985-1021), califa e imán fatimita fundador en El Cairo de una «Casa del Saber» donde, además de las disciplinas coránicas con que se preparaba a los misioneros de las doctrinas ismailitas, se dio cabida a la filosofía y a la astronomía. En 1021 desapareció durante un paseo nocturno por los alrededores de El Cairo. Su cuerpo no fue hallado y sus allegados lo convirtieron en una encarnación divina y fundaron la secta de los drusos.

[96] En la mitología griega, Tetis, hija de Urano y de Gea, es la más joven de las Titánides. De su matrimonio con su hermano Océano nacieron más de tres mil hijos.

[97] Hesíodo narra en su *Teogonía* la lucha de los Titanes –los seis hijos que tuvieron Urano y Gea–, excepto Océano, contra Zeus cuando éste se rebeló contra Crono. Zeus los derrotó y los sepultó en el Tártaro.

[98] Prometeo y Pandora son, según la mitología griega, el primer hombre y la primera mujer, con la que se casó Epimeteo, hermano de Prometeo; éste había conseguido capturar todos los males del mundo y encerrarlos en una vasija; aunque su marido le había prohibido mirar el contenido, Pandora, llevada por la curiosidad, quitó la tapa de la vasija y todos los males se esparcieron de nuevo por la tierra.

[99] Serpiente hija de Gea, según la mitología griega; fue la encargada del oráculo de Delfos hasta que el dios Apolo la mató para ocupar el oráculo.

[100] Voltaire apunta críticamente contra la escolástica y la Edad Media, de cuyas tinieblas nació, según el autor de *El filósofo ignorante*, toda la intolerancia religiosa de la Iglesia.

[101] El *Digesto*, o Pandectas: colección de sentencias de los jurisconsultos romanos antiguos mandada hacer por el emperador Justiniano.

[102] John Duns Scoto (1265/1266-1308), filósofo y teólogo inglés, conocido como «Doctor Sutil» por la matización de sus discusiones, que abarcaron los campos más diversos, desde la naturaleza de la libertad humana hasta el lenguaje religioso. Aunque estaba de acuerdo con Tomás de Aquino (1224/1225-1274), el principal maestro de la filosofía escolástica, en muchos puntos teológicos, discrepó de su idea de la imposibilidad de aplicar a Dios y a las criaturas ciertos predicados unívocos; los conceptos que el ser humano formu-

la proceden de las criaturas, y por tanto, según Aquino, aplicados a Dios tendrían un sentido diferente; esta disputa sobre la analogía de los predicados ocupó gran espacio en la teología medieval.

103 Johannes Hausschein, conocido como Ecolampadio (1482-1531), humanista y reformador alemán que colaboró con Erasmo en la edición del Nuevo Testamento. Predicador en Basilea (1518) y en Augsburgo,

tras la publicación de los escritos de Lutero se retiró dos años a un convento de Baviera, para reaparecer y encabezar el movimiento evangélico en Basilea, ciudad a la que encaminó hacia la Iglesia reformada.

104 Philipp Melanchton (1497-1560), reformador religioso alemán, humanista y erudito, colaborador de Lutero, a quien sustituyó al frente de la Reforma en Wittemberg cuando éste fue encerrado en el castillo de Wartburg. Representó a la Reforma en la Dieta de Augsburgo con 28 artículos de fe de un tono tan conciliador que sorprendió a los católicos y no tardó en molestar a algunos seguidores de la Reforma e incluso a Lutero, del que sin embargo nunca se separó; tras la muerte de éste, su tono tolerante y su búsqueda de puntos de encuentro con las Iglesias de Inglaterra y de Roma fueron objeto de duras críticas por parte del luteranismo ortodoxo.

105 Cornelio Jansen, o Jansenio (1585-1683), obispo de Ypres, profesor en la Universidad de Lovaina, desde la que se enfrentó a la pretensión de los jesuitas de establecer su propia escuela. Para limar asperezas viajó en dos ocasiones a Madrid (1624 y 1626), de donde tuvo que huir de la Inquisición; enemigo también del protestantismo, se dedicó a escribir su

Augustinus (1640), tratado sobre la teología de san Agustín; sus ideas sobre la gracia divina iban más allá de la disputa teológica y alcanzaban a la organización de la Iglesia católica, el papel del clero en la sociedad, etcétera. Cinco de las proposiciones del *Augustinus* fueron condenadas por Inocencio X en 1650 provocando una conmoción en la Iglesia (Port-Royal, los hermanos Arnauld) que fue zanjada por el Vaticano en 1653, condenando cuatro de las proposiciones por heréticas y declarando falsa la quinta. El jansenismo, que de hecho nace tras la muerte de Jansenio, se desarrolló mezclado con los sucesos políticos durante los reinados de Luis XIII y Luis XIV en Francia.

[106] Luis Molina (1536-1600), jesuita y teólogo español, autor de comentarios a la obra de Tomás de Aquino; en su explicación de las ideas agustinianas de la predestinación, el libre albedrío y la gracia, quiso conciliar la libertad humana y el poder divino. Pese a concordar con las oficiales de la Iglesia, estas ideas fueron refutadas por varias órdenes religiosas, en particular por los dominicos; Roma, tras analizar la querella, impuso silencio a ambas partes. Sus ideas, sin embargo, se difundieron en Francia provocando un duro enfrentamiento ideológico de jesuitas y jansenistas *(Las cartas provinciales* de Pascal, que ridiculizan el casuismo de los jesuitas y del molinismo, son buen testigo de ello); la querella acabó con la condena por parte de Roma de las cinco proposiciones adjudicadas a Jansenio (véase nota anterior).

[107] Licofrón de Calcis (nacido *ca.* 320 a. C.), poeta y dramaturgo helenístico romano, autor de un tratado en prosa sobre la comedia, de una veintena de trage-

dias de las que sólo se conservan fragmentos. Sólo nos ha llegado completo un monólogo trágico, *Alejandra*, que refiere las profecías de Casandra en lenguaje erudito y oscuro, lleno de alusiones e imágenes de difícil comprensión.

[108] Jean-Joseph Mouret (1672-1738), músico francés, representante de la música de la Regencia, autor de tragedias musicales y óperas-ballet, además de sonatas, motetes, y dos *suites* sinfónicas consideradas como su mejor trabajo. Al final de su vida, la miseria y la decadencia física lo llevaron a la locura hasta terminar sus días en el asilo de Charenton.

[109] Cuestión XIII.

[110] Festividad de los parsis, que el zoroastrismo celebra seis veces al año en la India.

[111] Para los persas, tras morir el hombre, su alma pasa por el puente de Tshinavar, donde luchan el bien y el mal. Dardaroth es el nombre que los egipcios dan al Tártaro. Y el lago de Karon es, para los antiguos persas, egipcios y griegos (el barquero Caronte), la última etapa por la que las almas pasan a la morada de los muertos.

[112] Tucídides (*ca*. 460-*ca*. 395 a. C.) y Jenofonte (*ca*. 430-*ca*. 355 a. C.) son los dos grandes historiadores de la Grecia antigua, que relatan hechos vividos de cerca por ellos; el primero, en su *Historia* que abarca los sucesos ocurridos durante la guerra del Peloponeso, entre 431 y 411 a. C.; el segundo, en su *Anábasis*, que relata la retirada del ejército griego, llamada de los Diez Mil, por toda Asia Menor tras la muerte de Ciro en Cunaxa (401 a. C.) y que fue dirigida por el propio Jenofonte.

[113] El término griego *apedeutes* significa «ignorante, privado de conocimiento».

[114] Región histórica de Letonia, en la Europa septentrional, frente al mar Báltico; fue Estado independiente como ducado de 1561 a 1795, fecha en la que pasó a ser administrada por el Imperio ruso.

[115] Melchior Goldast de Heiminsfeld (1576-1635), historiador suizo, canciller del landgrave de Hesse y consejero imperial, autor de una *Colección de constituciones imperiales*.

[116] Carlomagno nació en Aquisgrán (en francés, Aix-la-Chapelle) en el viejo palacio de los reyes francos del que sólo queda la llamada torre de Granus; Voltaire sigue una tradición poética que considera a este Granus rey por herencia de la región, constructor del palacio y el que mandó matar a los apóstoles cristianos Pedro y Pablo (*Histoire de France, en vers,* de Philippe Mousques, p. 37, en *Recherches sur les sources antiques de la Littérature française*). Nerón, por otro lado, fue hijo único de Cneo Domicio Ahenobarbo y de su prima Agripina (llamada *Agripinila* o Agripina la Menor para distinguirla de su madre, Julia Vipsania Agripina, la Mayor, hija de Augusto); tras la muerte de su primer esposo, Agripina se casó en dos ocasiones (la segunda con el emperador Claudio), y de estos matrimonios no tuvo hijos. En el año 59 Nerón, ya emperador, ordenó la ejecución de su madre.

[117] Pierre de Luxembourg (1369-1387), nacido en el seno de una poderosa familia, fue nombrado obispo de Metz en 1384 por el antipapa Clemente VII, primero de los papas de Aviñón del Gran Cisma de Occidente; dos años más tarde era nombrado cardenal de Aviñón, pero moría dos meses después de ese nombramiento; fue beatificado en 1527.

Este libro se terminó de imprimir el 23 de abril de 2010.

«Es ridículo pensar que una nación ilustrada
es menos feliz que una nación ignorante.»

«Reflexiones para los tontos»
en *Opúsculos variados*

Voltaire

